

no. 231 9/20 21/63

BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



6743

A un tiempo hermana y amante. 1. 1.
 Anásias matrimoniales. o. 1.
 A las máscaras en coche. o. 3.
 A tal acción tal castigo. o. 5.
 Azores de la privanza. o. 4.
 Amante y caballero. o. 4.
 A cada paso un acaso, ó el caballero. o. 5.
 Amor y Patria. o. 5.
 A la mesa del gallo. o. 2.
 Así es la mía. ó en las máscaras un mártir. o. 2.
 Actriz. militar y beata. t. 3.
 Al pie de la escalera. t. 1.
 Ariuro. ó los remordimientos. t. 1.
 Al asaltol. t. 2.
 Angel y demonio ó el Perdon de Breña. t. 7c.
 A mentir, y medraremos. o. 3.
 A perro viejo no hay las bus. t. 3.
 A bogar contra sí mismo. t. 2.
 A mal tiempo buena cara. t. 1.
 Amor y farmacia. o. 3.
 Alberto y German. t. 1.
 Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro. t. 5.
 Amor y ambicion, ó el Conde Herman. t. 5.
 Amor de padre. o. 2.
 Alonso el Magno, ó el castillo de Gauzen. o. 3.
 Allí vá eso! t. 1.
 Adriana Lecoureur, ó la actriz del siglo XV. t. 5.
 Al fin casé á mi hija. t. 1.
 Amar sin ver. t. 1.
 Beltran el marino. t. 2.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista. o. 5.
 Batalla de amor. t. 1.
 Camino de Portugal. o. 1.
 Con todos y con ninguno. t. 1.
 César. ó el perro del castillo. t. 2.
 Cuando quiere una muger! t. 2.
 Casarse á oscuras. t. 3.
 Clara Harbore. t. 3.
 Con sangre el honor se vengna. o. 3.
 Como á padre y como á rey. o. 3.
 Cuánto vale una lección! o. 3.
 Caer en el garfio. t. 3.
 Caer en sus propias redes. t. 2.
 Conspirar con mala estrella. ó el caballero de Harmental. t. 7c.
 Cinco reyes para un reino. o. 5.
 Caprichos de una soltera. o. 1.
 Carlota, ó la huérfana muda. t. 3.
 Con un palmo de narices. o. 3.
 Camargo de Zaragoza. o. 4.
 Consecuencias de un bostón. t. 1.
 Consecuencias de un disfraz. o. 1.
 Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del mediodía. t. 2.
 Cambiar de serro. t. 1.
 Compuesto y sin novia. t. 2.
 De la agua mansa ma libre Dios. o. 3.
 De la mano á la boca. t. 3.
 Don Canuto el estanquero. t. 1.
 Dos contra uno. t. 1.
 Dos noches. ó un matrimonio por agradecimiento. t. 2.
 Deshonra por gratitud. t. 3.
 Dos y ninguno. o. 1.
 De Cadiz al Puerto. o. 1.
 Desengaños de la vida. o. 3.
 Doña Sancha ó la independencia de Castilla. o. 1.
 Don Juan Pacheco. o. 5.
 Don Ramiro. o. 5.
 Don Fernando de Castro. o. 4.
 Dos y uno. t. 1.
 Donde los dan las tomas. t. 1.
 De dos á cuatro. t. 1.
 Dos noches. t. 2.
 Dieguijo rata de Anastro. o. 1.
 Dos muertos y ninguno difunto. t. 2.
 De una ofrenda dos venganzas. t. 3.
 Don Beltran de la Cueva. o. 5.
 Don Fadrique de Guzman. o. 4.
 Dina la gitana. t. 3.
 Demonio en casa y angel en sociedad. t. 3.

Dicha y desdicha. t. 1.
 Dos familias rivales. t. 1.
 Don Fernando de Sandoval. o. 5.
 Don Carlos de Austria. o. 3.
 Dos lecciones. t. 2.
 Dividir para reinar. t. 1.
 Dios y mi derecho. o. 3. a y 5. a.
 Diona de Mirmande. t. 5.
 De balcon á balcon. t. 1.
 Dejar el honor bien puesto. o. 2.
 Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris. t. 5.
 Enriqueta ó el secreto. t. 3.
 Elisa. o. 3.
 Enrique de Valois. t. 2.
 Efectos de una venganza. o. 2.
 Entre dos luces. zarz. o. 1.
 Estela ó el padre y la hija. t. 1.
 En poder de criados. t. 1.
 Españoles sobre todo (segunda parte). o. 3.
 En la falta va el castigo. t. 5.
 Engaños por desengaños. o. 1.
 Estudios históricos. o. 1.
 Es el demonio! o. 1.
 En la confianza está el peligro. o. 2.
 Entre cielo y tierra. o. 1.
 En paz jugando. t. 1.
 Enrique de Traslumara, ó los mineros. t. 3.
 Es un niño. t. 2.
 Errar la cuenta. o. 1.
 Elena de la Seiglier. t. 4.
 Están verdés. t. 1.
 Empeños de honra y amor. o. 3.
 En mi bemol. t. 1.
 El andaluz en el baile. o. 1.
 Aventurero español. o. 3.
 Arquero y el rey. o. 3.
 Agiotaje ó el oficio de moda. t. 5.
 Amante misterioso. t. 2.
 Alguacil mayor. t. 2.
 Amor y la musica. t. 3.
 Anillo mis eroso. t. 2.
 Amigo intimo. t. 1.
 Arzobispo 960. t. 1.
 Angel de la guarda. t. 3.
 Artesano. t. 5.
 Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros. t. 5.
 Baile y el entierro. t. 3.
 Beneficiado. ó república teatral. o. 4.
 Campanero de S. Pablo. t. 4.
 Contrabandista Sevillano. o. 3.
 Conde de Belflor. o. 1.
 Cómicos de la legada. t. 5.
 Cepillo de las ánimas. o. 1.
 Cartero. t. 5.
 Cardenal y el judío. t. 5.
 Clásico y el romántico. o. 1.
 Caballero de industria. o. 3.
 Capitan azul. t. 3.
 Ciudadano Marat. t. 4.
 Confidente de su muger. t. 1.
 Caballero de Griñon. t. 2.
 Corregidor de Madrid. t. 2.
 Castillo de San Mauro. t. 5.
 Cautiro de Lepanto. o. 1.
 Coronel y el tambor. o. 3.
 Caudillo de Zamora. o. 3.
 Conde de Monte-Cristo, primera parte. t. 10 c.
 Idem segunda parte. t. 5.
 El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo. t. 7 c.
 Castillo de S. German, ó asilto y espacion. t. 5.
 Ciego de Orleans. t. 4.
 Criminal por honor. t. 4.
 Cardenal Cisneros. o. 5.
 Ciego. t. 1.
 Cardenal Richelieu. o. 4.
 Castillo de Grantier. t. 4.
 Duque de Allamura. t. 3.
 Dinero! t. 4.
 Doctorcito. t. 1.
 Demonio familiar. t. 3.
 Diabolo en Madrid. t. 3.
 Desprecio agradecido. o. 5.
 Diabolo enamorado. o. 3.
 Diabolo son los nietos. t. 1.
 Derecho de primogenitura. t. 1.
 Doctor Capirole, ó los curanderos de antaño. t. 1.
 Diabolo nocturno. t. 2.

El Diabolo y la bruja. t. 3.
 Doctor negro. t. 4.
 Delator, ó la Berlina del Emigrado. t. 5.
 Desterrado de Gante. o. 3.
 Espósito de Ntra. Sra., t. 1.
 Españolito. o. 3.
 Enamorado de la Reina. t. 2.
 Eclipse, ó el agujero insfundado. o. 3.
 Espectro de Herbesheim. t. 1.
 Favorito y el Rey. o. 3.
 Fastidio ó el conde Derfort. t. 2.
 Guarda-bosque. t. 2.
 Guante y el abanico. t. 3.
 Galan invisible. t. 2.
 Hijo de mi mujer. t. 1.
 Hermano del artista. o. 2.
 Hombre azul. o. 5c.
 Honor de un castellano y deber de una muger. o. 4.
 Hijo de su padre. t. 1.
 Himeneo en la tumba, ó la Hechicera. o. 4. Mezja.
 Hijo de Gramvel, ó una re-lauracion. t. 5.
 Hijo del emigrado. t. 1.
 Hombre complaciente. t. 1.
 Hijo de todos. o. 2.
 Hombre cachaza. o. 3.
 Heredero del Czar. t. 1.
 Idiota ó el subterráneo. t. 3.
 Ingeniero ó la deuda de honor. t. 3.
 Lazo de Margarita. t. 2.
 Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro. 6 c.
 Licenciado Vidriera. o. 4.
 Maestro de escuela. t. 1.
 Marido de la Reina. t. 1.
 Mudo por compromiso ó las emociones. t. 1.
 Médico negro. t. 7 c.
 Mercado de Londres. t. id.
 Marinero, ó un matrimonio repentino. o. 1.
 Memorialista. t. 2.
 Marido de dos mugeres. t. 2.
 Marques de Fortville. o. 3.
 Mulato, ó el caballero de San Jorge. t. 3.
 Marido de la favorita. t. 5.
 Médico de su honra. o. 4.
 Médico de un monarca. o. 1.
 Marido destale, ó quién engaña y quien. t. 3.
 Mercado de San Pedro. t. 5.
 Naufragio de la fragata Medusa. t. 5.
 Nudo Gordiano. t. 5.
 Novio de Buirago. t. 3.
 Novicio, ó al mas diestro se la pegan. t. 1.
 Noble y el soberano. o. 4.
 Nacimiento del hijo de Dios y la degollacion de los inocentes. o. 4.
 Nudo y la lazada. o. 1.
 Oso blanco y el oso negro. t. 1.
 Pacto con Satanás. o. 4.
 Premio grande. o. 2.
 Pacto sangriento ó la cenganzacursa. t. 6 c.
 Page de Woodstock. t. 1.
 Peregrino. o. 4.
 Premio de una coqueta. o. 1.
 Piloto y el Toro. o. 1.
 Poder de un falso amigo. o. 2.
 Perro de centinela. t. 1.
 Porvenir de un hijo. t. 2.
 Padre del novio. t. 2.
 Pronunciamento de Triana. o. 1.
 Pintor inglés. t. 3.
 Peluquero en el baile. o. 1.
 Raptor y la cantante. t. 1.
 Rey de los criados y acerlar por carambola. t. 2.
 Robo de un hijo. t. 2.
 Rey marit. o. 3.
 Rey hembra. t. 2.
 Rey de copas. t. 1.
 Robo de Elena. t. 1.
 Robo de oriente. o. 3.
 Secreto de una madre. t. 3 y p. 3.
 Seductor y el marido. t. 3.
 Sastre de Londres. t. 2.
 Tío y el sobrino. o. 1.

El Terremoto de la Martinica. t. 3.
 Tarambana. t. 2.
 Tío y el sobrino. o. 1.
 Trápero de Madrid. o. 4.
 Tío Pablo ó la educacion. t. 2.
 Testamento de un soltero. t. 3.
 Talisman de un marido. t. 1.
 Tío Pedro ó la mala educacion. t. 2.
 Toro y el Tigre. o. 1.
 Tejedor de Jaliva. o. 3.
 Tejedor. t. 2.
 Vaso de agua, ó los efectos y las causas. t. 5.
 Vivo retrato. t. 3.
 Vampiro. t. 1.
 Ultimo dia de Venecia. t. 5.
 Ultimo de la raza. t. 1.
 Ultimo amor. o. 3.
 Usurero. t. 1.
 Zapatero de Londres. t. 3.
 Zapatero de Jerez. o. 4.
 Fausto de Underual. t. 5.
 Fuerte-Espada el aventurero. t. 5.
 Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses. o. 2. a y 10 c.
 Francisco Dorva. o. 4.
 Gustavo III ó la conjuracion de Suecia. t. 5.
 Gustavo Wasa. o. 5.
 Gaspar Hauser ó el idiota. t. 3.
 Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mna. Dubarry. t. 1.
 Guillermo de Nassau, ó el siglo XVII en Flandes. o. 5.
 Geroma la castañera. zarz. t. 3.
 Hasta los muertos conspiran, ó honores rompen palabras, ó la accion de Villator. t. 3.
 Hermania, ó volver á tiempo. t. 5.
 Hulifax, ó pícaro y honrado. t. 5 y p.
 Hombre tiple y muger tenor. o. 3.
 Honor y amor. o. 5.
 Inventor, bravo y barbero. t. 1.
 Ilusiones. o. 1.
 Isabel, ó dos dias de esportacion. t. 5.
 Jorge el armador. t. 4.
 Jose que jembra. o. 4.
 Jose Maria, ó vida narta. o. 1.
 Juan de las Viñas. o. 3.
 Juan de Padilla. o. 6 c.
 Jacobo el aventurero. o. 4.
 Julian el carpintero. t. 5.
 Juana Grey. t. 5.
 Juzgar por apariencias. o. 3.
 Juzgar con fuego. t. 2.
 Julio Cesar. o. 5.
 Juan Lorenzo de Acuña. o. 4.
 Laura de Monroy ó los dos maestros. o. 3.
 Luchar contra el destino. t. 3.
 Luchar contra el sino, ó la Sor-tija del Rey. o. 3.
 Lluven sobrinos! o. 1.
 Laura de Castro. o. 4.
 Laura, (prol. epil). o. 5.
 Lázaro ó el pastor de Florencia. t. 5.
 Intreamont. t. 5.
 Libro III. capitulo I. t. 4.
 Livianos del cielo. t. 1.
 Luceros de amor y deber. o. 3.
 Luceros y Glucyina, ó el ministro justiciero. o. 3.
 La Abadia de Castro. t. 7 c.
 Abadia de Penmarck. t. 3.
 Alqueria de Brillañ. t. 5.
 Barbera de Escorial. t. 1.
 Batalla de Clavija. o. 1.
 Batalla de Bailen. zarz. o. 2.
 Boda tras el sombrero. t. 4.
 Berlina del emigrado. t. 5.
 Los consejos de Tomás. o. 3.
 La costumbre es poderosa. t. 1.
 Los celos de una muger. t. 3.
 La cola del perro de Alcibíades. t. 3.
 Caverna de Kerougal. t. 4.
 Coqueta por amor. t. 3.
 Corte y la idea. o. 2.



EL ABATE L' PÉE Y EL ASESINO, Ó LA HUÉRFANA DE BRUSELAS.

Drama de espectáculo en tres actos, arreglado del francés por el Excmo. Sr. Don Juan de Grimardi, representado con gran aplauso en Madrid el 6 de julio de 1825.

PERSONAJES.	ACTORES.
CRISTINA, bajo el nombre de Enriqueta, huérfana. . .	D. ^a Concepcion Rodriguez.
LA MARQUESA DE BELVIL. . .	Gerónima Llorente.
AGUEDA, mujer de Juan. . .	Concepcion Velasco.
ROSA, su criada.	Teresa Bays.
EL ABATE L'EPÉE.	D. Joaquín Caprara.
VALTER, abogado de Bruselas.	José Garcia Luna.
CARLOS, hijo de la Marquesa.	Santiago Casanova.
JUAN EL RUBIO.	Antonio de Guzman.
EL PROCURADOR DEL REY. . .	Antonio Silbostri.
BONAR, mayordomo.	Luis Fabiani.

Criados y criadas, aldeanos y aldeanas, gendarmes y ministros de justicia.

Nota. El actor que representa el Abate L'Epée, deberá vestir el mismo traje que se usa en la comedia de este nombre, y se ejecuta actualmente en el teatro del Principe.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardin de la quinta de Belvil: está cerrado en el foro por una reja que se abre en el medio. A la derecha del actor está una de las fachadas laterales de la casa, con una puerta á la que se sube por dos ó tres gradas adornadas de tiestos y estátuas. A la izquierda hay una puertecita que conduce á la huerta, y entre el primer y segundo bastidor del mismo lado, un cenador con un banco de jardin. En el foro, mas allá de la verja, representa una campiña fértil y vistosa.

ESCENA PRIMERA.

BONAR y JUAN el RUBIO.

JUAN. *(al paño.)* Dejad mi rocin en la puerta principal. No tengais cuidado, no se os escapará... Voy á la huerta con el señor Bonár á coger ciruelas. *(Llegando á Bonár que está tomando un polvo.)* Con que, es de veras lo que acabais de decir, mi señor Bonár?
 BON. No lo dudeis, amigo Juanito. La señora Marquesa de Belvil, llega hoy mismo á esta quinta con el señorito. La señorita Enriqueta y yo hemos tenido cartas de París... con que...

JUAN. En este caso, señor Bonár, dejaré las ciruelas para otro dia, y con vuestro permiso vuelvo corriendo á casa, porque, como lo sabeis, para venir de París á la quinta de Belvil, es preciso pasar por el pueblo. Por supuesto, la señora querrá descansar en casa, como que somos sus arrendadores; y Agueda mi mujer, que no sabe nada, se azoraría y tal vez no haria la debida acogida á los señores: con que, señor Bonár, hasta luego.
 BON. Hombre, cachaza... No os aturdaís. Cuando vuelva la señora tan á prisa, no es sin motivo, y no me parece que piense en descansar en vuestra casa.
 JUAN. Y quién os ha dicho eso? Es dia de fiesta en el pueblo: se bailará en nuestra granja, y además, ya sabeis, señor Bonár, cuanto le gusta nuestro pueblo á la señora... como que le gusta mas que su quinta y su hermosa casa de París: pues ha hecho construir á propósito para ella y el señorito, un pabellon frente por frente de nuestra habitacion, solo por tener el gusto de dormir en la granja, y de beber leche calentita de nuestras vacas cuando vá á París ó cuando vuelve... Con que por mas que digais, señor Bonár, podría muy bien suceder, que segun costumbre, hiciese noche en la granja; mucho mas, como os decia, habiendo fiesta en el pueblo.
 BON. Qué obstinacion! Vamos... Oid lo que dice esta carta, y vereis... justamente la tengo aquí, y mis gafas tambien... París... *(lee.)* y es de ayer. *(hablando.)*
 JUAN. Ya, ya estoy.
 BON. *(lee.)* «A las once en punto Santiago... Ya sabeis? Santiago el cochero. *(interrumpiéndose.)*
 JUAN. Santiago? Ya, ya: ese es el de los de...
 BON. Pues... *(lee.)* »Santiago vendrá con la berlina á la granja de Juan el Rubio...
 JUAN. He!... No os decia yo? A la granja de Juan el Rubio.
 BON. Hombre, déjame acabar. *(lee.)* »A la granja de Juan el Rubio, para que desde allí pueda mandar volver el coche á París y seguir mas cómodamente y sin dilacion hasta la quinta, á donde llegaremos antes de las doce.»
 JUAN. Pues señor, paciencia. Será para otra vez... Ay! conozco alguien de la quinta que debe alegrarse mucho de la noticia...

BON. A quién?

JUAN. Toma, la señorita Enriqueta.

BON. Chito.

JUAN. Y qué, qué teméis? Nadie nos acecha ni nos oye.

BON. (con intención.) Hay novedades, amigo Juanito, hay novedades, os repito. Entre las cartas que recibí ayer, hay una para el notario, que debe estar aquí hoy mismo á las doce.

JUAN. A las doce?

BON. A las doce en punto.

JUAN. Hombre! Sería posible que por fin esa amable señorita se casase con nuestro señorito?

BON. Chito. No habéis todavía de eso.

JUAN. Ya... ya sé que la señora Marquesa, que es riquísima, de una gran familia, y... un poquito orgullosa... vamos, puede decirse sin inmutación, porque por lo demás, es la mejor mujer de París; no vería ese matrimonio sin algún sentimiento... Una jóven huérfana, que no se sabe quién es, ni de dónde viene...

BON. Callad por Dios, hombre, callad. Cuando digo que hay novedades... No lo entendedis? Hay novedades... Es cuanto puedo deciros por ahora; á mas, que no sé mas.

JUAN. Y bien, á fé de Juan el Rubio, señor Bonár, que daría de buena gana cien fanegas de trigo, porque se verificase la boda, aunque no fuera mas que por ver rabiar un poquito á mi mujer, que me está predicando todo el día: «Este amor acabará mal... es una muchacha que no tiene padre ni madre... tal vez será esto... tal vez será lo otro... quién sabe?... En fin, todo cuanto la pasa por la fantasía. Sabeis lo que contesto yo á todo eso, señor Bonár? La señorita Enriqueta es amable, bonita y virtuosa, y al cabo... virtud, amabilidad y hermosura pueden muy bien suplir en una mujer á parientes y á doblones.

BON. Ya se vé. Sin embargo, es preciso confesar, amigo Juanito, que los doblones... en fin, los doblones... siempre son doblones; en lugar que la hermosura, y aun algunas veces la virtud... con el tiempo... estais?... con todo... sé muy bien... en fin... como que... pues...

JUAN. Ya, ya se vé. En el fondo soy del mismo parecer. (Sacando un reloj.) Hombre, ya las diez! Abur, señor Bonár; hay una hora de camino de aquí á la granja, y con vuestro permiso...

BON. Hombre y las ciruelas?

JUAN. Serán para otro viaje. Con que, si quereis hacerme el favor de abrirme la verja...

BON. Con mucho gusto... Voy á acompañaros hasta la puerta principal, en donde os está esperando vuestro amigo el rocín.

JUAN. Muchas gracias por los dos, Señor Bonár.

ESCENA II.

BONAR y JUAN se van hablando por la reja aparte. En el foro VALTER que parece reconocer el sitio, sale por la verja que se ha quedado abierta, y tiene en la mano un libro de memorias.

VALT. A una legua del pueblo de Belvil me han dicho, hácia la derecha, despues de haber pasado el bosque, y el puentecito... Esto es... y esta hermosa habitación debe ser la quinta de la Marquesa de Belvil... Si encontraré por fin el objeto de mis pesquisas, esa Cristina que se me escapó de Bruselas, y tras la que voy corriendo en valde hace ocho meses? Si todos los informes que he tomado, todas las señas que la casualidad me ha proporcionado son exactas, la jóven huérfana que han amparado en esta quinta, podrá muy bien ser mi fugitiva; la llaman Enriqueta... Es natural

que haya mudado de nombre... no podía conservar el suyo sin darse á conocer... su causa ha tenido demasiada celebridad. Pero dicen también que el seño Carlos Belvil, hijo de la Marquesa, se ha enamorado de ella... Si Enriqueta es con efecto mi Cristina, esta circunstancia podría perjudicar á mis proyectos. La Marquesa y su hijo, segun me han dicho, estan en París. Es regular que esté con ellos la huérfana. Mejor, tendré mas libertad para mis indagaciones, y si llevo á encontrar alguien de la casa, pronto sabré... jente viene.

ESCENA III.

VALTER y BONAR que vuelve y abre enteramente la verja.

BON. (Son mas de las diez... puedo dejar la verja abierta.)

VALT. (Es uno de los dos hombres que estaban hablando aquí.)

BON. (Es mas cómodo, y... Hola! quién será este forastero? No le he visto entrar.)

VALT. Agur, amigo.

BON. Caballero, besos las... (No conozco yo á este amigo.) Qué se os ofrece, señor? A quién buscais?

VALT. Sois, segun parece, de esta casa?

BON. Si señor. Me llamo Eleuterio Saturnino Bonár, y hace cuarenta y tres años y medio que tengo el honor de ser el mayordomo de la quinta. Con que os serviréis decirme qué se os ofrece?

VALT. (Los señores están ausentes. Tomemos un pretesto.)

BON. (Qué sé yo? No me hace mucha gracia esa cara.)

VALT. Señor de Bonár, quisiera ponerme á los pies de la Marquesa de Belvil.

BON. El señor conoce á la señora Marquesa? (Quitándose el sombrero.) Le pido mil perdones... Como que nunca habia tenido el honor de verle en casa... La señora y su hijo están ausentes... Pero deben de volver pronto á la quinta... Dentro de una hora ó dos lo mas... Si quereis esperarles, la señorita Enriqueta podrá recibirlos.

VALT. La señorita Enriqueta? Con qué no acompaña á la señora Marquesa?

BON. Nunca; ha suplicado á la señora la permita quedarse siempre en la quinta... Es que no le gusta el gran mundo... Y á fé mia que no dejaría de hacer papel en él, si quisiera.

VALT. (Esto va confirmando...) He oido hablar mucho de esa interesante jóven. Qué edad podrá tener?

BON. Representa unos diez y ocho ó diez y nueve años. (Qué curiosidad!)

VALT. (Esa es su edad...) Es bonita?

BON. Como un ángel. (Es muy particular, si será algun pariente?)

VALT. Y su pais, su familia, los conoceis?

BON. Pero señor, permitidme advertiros, que esas preguntas son bastante delicadas. Me parece que tomáis por la señorita un interés que se aumenta á cada contestacion que os doy.

VALT. Es que cada una de vuestras contestaciones aumenta ese interés.

BON. (Vamos... no hay duda... es algun pariente... Si pudiera aprovecharme para descubrir... tratemos pues de satisfacerle.)

VALT. Con que parece que la señora Marquesa ha acogido á esa jóven sin conocerla?

BON. Sin conocerla, es verdad. Pero bastaba el que se interesase por ella el mas venerable de los hombres, nuestro buen Abate L' Epée.

VALT. El Abate L' Epée!... Y cómo desde París?...

BON. Con que ignorais que el señor Abate L' Epée dejó la corte hace mas de un año?

VALT. Soy extranjero... y solo hace algunos dias que he llegado á Francia... asi no extrañeis...

BON. Pues si señor, el Abate L' Epée no pudiendo por su avanzada edad y sus achaques, seguir con el cuidado de ese benéfico instituto que le inmortaliza, dejó su direccion en manos de su discípulo y amigo el Abate Sicard, y vino á retirarse á este pueblo que tuvo la gloria de haberlo visto nacer. Modesto pastor de nuestra grey, nos dirije mas bien con sus ejemplos que con sus preceptos, aprovechando así los restos de su gloriosa vida, y consagrándolos á la felicidad de sus paisanos, como á la mayor gloria de Dios.

VALT. Muy bien. Pero dónde y cómo conocia á Enriqueta ese respetable anciano, para poder interesarse por ella? Y cómo vino á presentarla á la Marquesa?

BON. Voy á contaros como. Puedo decirlo sin indiscrecion, porque todo el mundo sabe aquí como sucedió. Un dia vino aquí el señor Abate á ver á la señora, y le contó con la mas viva emocion, que una jóven estrangera, que parecia muy desgraciada, acababa de llegar de Belvil á pie, sin guia, aniquilada de fatiga y de necesidad, pidiendo algunos auxilios para llegar hasta París. La señora, que es la misma caridad, envió á buscar al instante á esa jóven, y le preguntó á qué iba á París; si tenia allí parientes ó amigos. La jóven, llorando, contestó que era sola en la tierra. No se pudo saber mas de ella sino que se llamaba Enriqueta, que era huérfana y francesa, que la muerte acababa de robarle su bienhechora y que no tenia mas esperanza ni otras miras yendo á París, que colocarse en alguna casa decente en donde pudiesen ser útiles sus cuidados y servicios. Pero esta sucinta relacion la hizo con un tono tan interesante... tan interesante, que la señora no titubeó un momento en admirla en la quinta, en donde todos, todos, sin escepcion, hemos venido poco á poco á quererla y respetarla como si fuera hija de nuestra buena señora.

VALT. (No hay duda, ella es.)

BON. Cómo ella es? Conoceis pues...

VALT. Os doy mil gracias, señor Bonár. Los permenores que me habeis dado me han interesado mucho.

BON. Así me ha parecido. Sereis sin duda algun amigo, algun pariente tal vez de la señorita?

VALT. No.

BON. Cómo no? Sin embargo, me habeis hecho unas preguntas muy raras en boca de un extraño, y no sé lo que debo pensar...

VALT. Nada, señor mayordomo; estoy agradecido por vuestra complacencia. (Aprovecharé un momento para ver á Cristina sin testigos.) Agur, señor Bonár.

BON. No quereis entrar á descansar un rato?

VALT. Vuestros amos no están en casa.

BON. Quereis que dé parte á la señorita Enriqueta del interés que pareceis tomar en todo lo que le pertenece?

VALT. Como gustéis. (yéndose.)

BON. Pero si os sirviérais dejar vuestro nombre, entonces... (siguiéndole.)

VALT. No es necesario. (Bonár se queda suspenso.)

BON. Volvereis? (Bonár se queda suspenso.)

VALT. Tal vez. (se va muy despacio.)

ESCENA IV.

BONAR solo.

BON. Pues señor, el hombre es rarísimo, y á fé mia que me pesa haberle dado tantas esplicaciones. Yo creia

que se daria á conocer, que seria, por lo menos, un pariente... y que era deber mio el... hum... todo esto no es bueno... en adelante tendré cuidado... Ah... El señor Abate L'Epée.

ESCENA V.

Dicho y el ABATE L'EPÉE.

ABAT. Buenos dias, Bonár.
 BON. Bendito sea el cielo cada vez que tenemos la felicidad de veros, señor Abate. Os daré una noticia. La señora vuelve á la quinta.
 ABAT. Lo sé.
 BON. Toina, y quién os lo ha dicho?
 ABAT. Enriqueta, en una escuela que me envié ayer tarde: tened la bondad de decirla que estoy aquí.
 BON. De modo, que os ha escrito la señorita?
 ABAT. Me favorecereis pasando el recado al momento. Me está esperando.
 BON. Voy volando. (Vamos, vamos... hay novedades: el notario, el Abate, todo el mundo avisado.) Voy, (el Abate le hace señas de ir.) señor, voy volando. (Todo esto me huele mucho á preparativos de boda... Solo el extranjero me... hablaré á la señora.) (entrando en la casa.)

ESCENA VI.

El ABATE solo.

ABAT. Enriqueta quiere verme: necesita absolutamente, segun me escribe, hablarme antes que llegue la Marquesa y su hijo. Temo mucho que la juventud y los encantos de esa amable jóven, originen muchas desgracias... Ella viene... cada dia inspira mayor intereses.

ESCENA VII.

El ABATE y CRISTINA.

CRIST. (Sale de la casa mirando si alguien la accecha, se acerca despues á el Abate con viveza y le besa respetuosamente la mano.) Oh, padre mio. Si, padre mio... me habeis permitido daros este nombre, tan dulce para el corazon del huérfano.
 ABAT. Y bien, hija mia, de qué nace la turbacion que manifestais? Derramais lágrimas? Habeis tenido nuevas penas, y necesitais confiármelas?
 CRIST. Ay, padre mio! No poseo en el mundo mas que vuestra estimacion, vuestra amistad. Si tuviera que perderlas, no resistiria á esta última desgracia.
 ABAT. Qué significa ese temor? Me creereis, pues, tan injusto?
 CRIST. No... no... Cualesquiera que sean las revelaciones que debo haceros, no me desampareis. Os juro que no soy culpable.
 ABAT. Vos, señorita, culpable! Y de qué? No lo creí nunca. Vamos, sosegaos, habládme sin temor.
 CRIST. El señor Carlos de Belvil... (bajan los ojos.)
 ABAT. Os ama, lo sé. No os sonrojeis; hija mia, este amor os honra, porque es en obsequio mas bien de vuestras virtudes, que de frágiles atractivos... Sin embargo, he visto nacer este amor con alguna inquietud, y no me he atrevido á desear que fuese correspondido.
 CRIST. Nunca me aluciné... El señor Carlos no debió pensar, bien lo sé, en una infeliz que no recibió el ser mas que para conocer la desgracia, y el cielo me es testigo que no he tratado nunca de merecer su amor.
 ABAT. Sin embargo, le amais tambien?

La Huérfana de Bruselas.

CRIST. Nunca lo he dicho. *(vivamente.)*
 ABAT. Con que lo ignora Carlos?
 CRIST. No lo creo, señor.
 ABAT. Lo entiendo. Y la señora Marquesa, cómo mira este amor?
 CRIST. Todo debía persuadirme que nunca cedería á los deseos de su hijo. Tomad, *(sacando una carta.)* señor; ved la carta que Carlos me ha escrito... leed... ved cuán feliz podría ser.
 ABAT. *(después de haberla leído.)* No puedo comprender ya la causa de vuestras lágrimas. Carlos os adora y merece ser correspondido; su madre os abre los brazos. Hoy, dentro de un instante, debéis de dar el sí deseado. La amistad, el amor, la fortuna, todo os favorece: por qué, pues, afligirse todavía?
 CRIST. Ay de mí! Nunca fui más digna de compasión. Todos los que se interesan por mí, van á abandonar-me, á abandonarme.
 ABAT. Qué decís?
 CRIST. No tengo mas que á vos por guía, por apoyo; debo deciros toda la verdad. Me señalaréis la conducta que debo adoptar, y os obedeceré, aunque sea á costa de mi vida.
 ABAT. Cuál es, pues, ese misterio?
 CRIST. Enriqueta no es mi nombre.
 ABAT. Cómo!... *(con severidad.)*
 CRIST. Habéis oído sin duda hablar de una joven de Bruselas, muy desgraciada, acusada de un odioso crimen, sentenciada á un suplicio infame?
 ABAT. De una joven de Bruselas? Con efecto, una huérfana llamada Cristina, fué hace algunos meses sentenciada... os turbais!... Cielos!... sería posible...
 CRIST. Sí, señor... soy Cristina.
 ABAT. Vos!
 CRIST. Ah! no me desamparéis: soy inocente... os lo juro... soy inocente. *(arrodillándose.)*
 ABAT. Levantaos, hija mia. Aunque fuérais culpable, Dios perdona á el arrepentido. Pero como es posible...
 CRIST. Dignaos oírme y pronunciareis. No os he engañado sobre mi nacimiento. Ignoro quiénes son mis padres. Apenas nací, fui recogida por la condesa de Liège. Me amó como madre, y nunca hija fué mas querida. Esto empezó á despertar la envidia de sus parientes. Yo no pensaba en el porvenir. La Condesa murió. Ay! por qué no la he seguido á la tumba? Me creí desde luego desamparada, pues madama de Liège no me habló nunca de mi suerte futura. Se abre el testamento... Yo no presenciaba esta triste ceremonia, mas que por respecto á su memoria. Cual fué, pues, mi sorpresa, y la cólera de su familia, al verme instituida única heredera de sus inmensos bienes, con la licencia de llevar su título principal. Ay! cuán funestos han sido para mí estos favores! Su familia rica y poderosa, resolvió perderme. Quise abandonar-lo todo. Un monstruo llamado Valter se opuso á ello, ofreciéndome salir á defender mi derecho. Le creí por mi desgracia; le creí, porque había sido por muchos años el abogado, el amigo de mi bienhechora. Le creí, y el párfido estaba vendido á mis enemigos. No os diré qué arbitrios se emplearon... mi juventud y mi inesperienza no me permitían penetrar tantos horrores. El testamento que me institua única heredera, fué atacado ante los tribunales por toda la familia. Se dijo que era falso, se me acusó de haberle forjado yo misma... me pintaron con colores odiosos... pagaron testigos para acusarme de un sinnúmero de crímenes. Yo no me defendí, confiada en Valter que me habia encomendado el silencio... No pude nunca comunicar con mis jueces... Cada día el cruel me

anunciaba mi triunfo... Y fui sentenciada...
 ABAT. Gran Dios! Qué me decís? Pero no apelásteis de esta sentencia?
 CRIST. No sabia nada de lo que necesitaba hacerse, y Valter, que me engañaba todavía, me hizo huir para sustraerme á la ejecución de la sentencia... Entonces fué cuando empecé á conocerle... Pero ya no era tiempo: mi desgracia era completa... Lo que me ha admirado siempre, y lo que me parece incomprendible después de sus proceder, es de que tan pronto como fui sentenciada, se atrevió á declararme que me amaba, y á pesar de la sentencia que me deshonraba, me ofrecía casarse conmigo, en país extranjero; amenazándome de entregarme á la justicia si deseaba sus propuestas... No menos espantada de su amor que del peligro de mi situación, una noche me escapé del asilo que ese monstruo habia elegido para mí, y salí furtivamente de Bruselas. Me dirigí hácia París, sola, sin dinero, sin recursos, no teniendo mas apoyo que mi conciencia, ni mas esperanza que la bondad de Dios.
 ABAT. Infeliz! Me habéis dicho la verdad... La mentira no conoce lenguaje tan cándido: Os he llamado hija mia, por un impulso de compasión que me inspiraba vuestra edad y desamparo; pero ahora mas que nunca quiero ser vuestro padre.
 CRIST. Con que no me abandonareis?
 ABAT. Nunca, hija mia, nunca... Pero tendréis valor para cumplir las obligaciones que voy á imponeros?
 CRIST. Sí, señor: hablad, qué debo hacer?
 ABAT. Dejar esta casa; no debéis admitir la mano de Carlos, sin daros á conocer: y no podeis daros á conocer sin el mayor peligro. En tan difícil alternativa la huida es vuestro único recurso.
 CRIST. Pero, señor, es hoy mismo, en esta misma mañana cuando se espera al notario para entender los contratos.
 ABAT. Este acto preliminar que no manda ni consagra nuestra Santa Religión, es una mera formalidad, á la cual podéis prestaros en unas circunstancias tan críticas... En fin, hija mia, cualquiera esfuerzo que necesiteis imponeros, tratad has á el anochecer de detener vuestras lágrimas, de ocultar vuestro dolor... Esta misma noche tendréis otro asilo. A una legua, lo mas, de Belvil, en el camino de París, está el pueblo de Renebal: en él vive mi anciana hermana: después de la oracion id á buscarme á la fuente de los Sauces, donde os estaré esperando. Os llevaré á casa de esta buena hermana, os confiaré á sus cuidados, y marcharé inmediatamente yo mismo á Bruselas.
 CRIST. A Bruselas! Con qué intento? Ah, padre mio, ya no es tiempo!
 ABAT. Siempre es tiempo para hacer que triunfe la verdad. Para que salga de las tinieblas, basta algunas veces la voz de un hombre de carácter. Hablaré, pues, á los magistrados con aquella firmeza poco común en defensores; y no será la primera vez, hija mia, que habré conseguido arrancar al crimen la máscara que le disfraza. La esperiencia que he adquirido con sesenta y cinco años de un estudio especial del corazón humano; la convicción íntima que llevo de vuestra inocencia... sobre todo, aquella confianza en Dios que nunca me engañó, me permiten esperar mucho de mi viaje...
 CRIST. Padre mio! Qué generosidad!
 ABAT. Generosidad! No, hija mia: cumplo con un deber el mas sagrado de mi ministerio. El que enseña á los otros la virtud, debe practicarla primero... A Dios, pues, hija mia! Animo! Voy á disponerlo todo para vuestra marcha... Sostened esta prueba con la fuer-

za de una conciencia pura; y confiad, sino en los débiles esfuerzos del pobre de L'Epée, al menos en la justicia del Dios protector de la inocencia.

ESCENA VIII.

CRISTINA sola.

CRIST. Con que ya se decidió mi suerte! Es preciso huir. Huir en el mismo momento en que voy á confirmar las esperanzas de Carlos? Huir, cuando voy á dar el primer paso que le afiance mi fé? Ay! qué pensaré de mí? No se creará con derecho de concebir las sospechas mas odiosas? Todos me acusarán sin duda... mientras que yo... Ay Carlos!... ten compasión de tu pobre Cristina! La palabra que va á empeñar de amarte eternamente, la cumplirá hasta la tumba... Pero Dios mio!... Qué es lo que oigo?... El ruido de un coche: ya para: es la señora: apenas respiro.

ESCENA IX.

CRISTINA y BONAR.

Box. Señora Enriqueta... señora Enriqueta, por todas partes os estoy buscando... La señora llega con el señorito... La berlina acaba de entrar en el patio.
VOCES (dentro.) Bonár, Bonár.
Bon. Allá voy, allá voy. Lo veis, señorita No venis á recibir á la señora?
CRIST. Si, Bonár; al instante voy.
VOCES. (dentro.) Bonár, Bonár.
Bon. Voy, voy volando, os digo... No debia avisar á la señorita... Abrid entré tanto las puertas. (A Cristina.) Voy á anunciaros á la señora.

ESCENA X.

CRISTINA y á poco CARLOS.

CRIST. Vamos... es preciso... Me faltan las fuerzas... Mi vista se turba... No puedo tenerme en pie.
CARL. Querida Enriqueta. (corriendo.)
CRIST. Señor Carlos! (volviendo en si.)
CARL. (Mirándola con sorpresa.) Y que, señorita, no salis á recibir á mi madre? Nuestra vuelta y el motivo de ella, causarian acaso vuestras lágrimas? Enriqueta, habréleido mal en vuestro corazón? No debia juzgarle por el mio?
CRIST. Ay! Señor Carlos, cuán cruel me parece esa pregunta?
CARL. Conozco que hubiera debido confiar con vuestro consentimiento antes de solicitar el de mi madre. No bastaba, lo sé, que mi corazón se adorase para disponer del vuestro. Pero, querida Enriqueta, la injusticia de la suerte para con vos me imponia tantos miramientos!... Conozco la delicadeza de vuestros sentimientos. Hubiérais deseñado mi homenaje antes de cercioraros del beneplácito de mi madre. En fin, amiga mia, perdonad mi atrevimiento. Me parecia haber reparado en vuestras miradas una tierna inquietud, que daba una elocuencia encantadora á vuestro mismo silencio. No, no me engañé. Todo me lo asegura. Ahora mismo, esta mano tan dulce, permanecería así en la mia, si el corazón de Enriqueta no correspondiese al amor de Carlos?

CRIST. Ay! cuán desgraciada soy!

CARL. Amiga mia! (dramático.)
(Varios criados salen con Bonár, la Marquesa les sigue.)

ESCENA XI.

CRISTINA, CARLOS, LA MARQUESA, BONAR, y CRIADOS.

CARL. Enriqueta, mi madre. (A Cristina que se ha cubierto los ojos con un pañuelo, y quiere echarse á los pies de la Marquesa.)
MARQ. Qué haceis, Enriqueta? En los brazos de una amiga, de una madre, es donde vuestro corazón debe conducirnos. Están cumplidas mis órdenes? (á Bonár)
Bon. Si señora, á las doce estará aquí el notario.
MARQ. Es preciso avisar tambien á nuestro venerable Pastor.
Bon. Hace poco que estaba aquí, señora; cuando salia de la quinta han venido á buscarle de parte del anciano Pedro, que de algunos dias acá, está muy malo, y aun se teme...
MARQ. Me lo han dicho en Belvil. Hijo mio, id vos mismo á casa de ese pobre anciano, dadle algun socorro: (Bajo, y dándole un bolsillo.) suplicais al señor Abate se sirva acompañaros á la quinta.
Bon. (Qué corazón!)

CARL. Al instante voy, madre mia. Querida Enriqueta, tendré que dejaros tan triste?

CRIST. Ay, señor Carlos! No acuseis mi corazón... Luego... si, muy luego... dejareis de ver estas lágrimas que no puedo contener. (Carlos y su madre miran admirados á Cristina. Vase Carlos con inquietud.)

ESCENA XII.

LA MARQUESA, CRISTINA, BONAR Y CRIADOS.

MARQ. Bonár, disponed la sala principal.
Bon. Al instante, señora... Y por supuesto, los cuartos tambien?
MARQ. Es inútil: volvemos esta noche á París, y nos llevamos á la señorita.
Bon. Ah! todo el mundo va... (Pues... no lo decia yo? Hay novedades...) A propósito, señora, conocéis á un hombre un poco mas alto que el señorito: los ojos grandes y negros: cejas muy pobladas: el cabello negro, moreno y pálido? Este hombre misterioso, esta rondando desde esta mañana en las inmediaciones de la Quinta, y me ha hecho, acerca de la señorita, varias preguntas muy raras.
CRIST. De mi?
MARQ. Acerca de Enriqueta? Ese sugeto no os ha dejado su nombre?
Bon. Carl es tan reservado como estrambótico... y no es ponderacion.
MARQ. No puedo adivinar... Y vos, Enriqueta, sabeis quién puede ser?
CRIST. No señora... no conozco á nadie.
Bon. Por mi os he dicho cuanto sabia... Pero si vuelve, fuerza será que se dé á conocer... voy á cumplir vuestras órdenes. (Vase.)
MARQ. Seguid á Bonár. (á los criados.)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA Y CRISTINA.

MARQ. Enriqueta, ya veis á lo que me determina el cariño que tengo á mi hijo: no he podido resistir á su ruego. Cifra toda su felicidad en poseeros, y no quiero pueda acusarme. Además, os hago la justicia que merecen vuestras prendas. Se puede suplir el nacimiento por la virtud; á la fortuna por la hermosura. Sé tambien que no habeis abusado de mi confianza para seducir á mi hijo. El amor que le inspirais no merece reconvencion alguna: y si haceis feliz á mi Carlos, ese mismo mundo, hoy mas severo que yo, dejará de

desaprobarle y os concederá por fin su estimacion. Pero antes de concluir un enlace que tanta influencia tiene en toda la vida, una madre puede concebir algunos temores legítimos. Enriqueta, habeis sido sincera en la narracion de vuestras desgracias? No me habeis ocultado nada? Sois huérfana ignorada? No es un borron, si esta es toda la verdad. Pero á cuántos pesares espondriais á vuestro esposo, si ocultaseis otros secretos? Si algun dia mi hijo tuviera que sonrojarse...

CRIST. Ah, señora, no tengais cuidado. El señor Carlos no corre riesgo semejante. Nunca la que colmásteis de favores, le espondria á tanta vergüenza.

MARQ. Basta, mi querida Enriqueta. No puedo dudar de vuestra sinceridad. Mi corazon, ya sosegado, no necesita de esfuerzo alguno para daros el nombre de hija. *(Cristina le besa la mano respetuosamente, y la Marquesa entra en la casa pensativa y triste; Cristina vá á sentarse en el banco; Valter sale con cuidado por la verja y se acerca poco á poco.)*

ESCENA XIV.

VALTER y CRISTINA.

VALT. (Muy bien: gracias á algunos criados que acaban de llegar, estoy ahora mucho mas enterado.. El notario está en camino... A las doce los contratos... y esta noche vuelven todos á Paris para los desposorios. He llgado á tiempo). *(Viene á colocarse en frente de Cristina y la mira en silencio.)*

CRIST. Ay de mí!... *(Sin ver á Valter y mirando al cielo.)* Qué he hecho yo para merecer tantas desgracias! Vamos... Dios... Qué he visto, Valter!... *(Se levanta para entrar en la casa y ve á Valter.)*

VALT. El mismo, señora Cristina.

CRIST. Ah! no pronuncieis ese nombre.

VALT. Y por qué? No es el vuestro?

CRIST. Dios mio, soy perdida! Y qué, todavía me perseguís?

VALT. Nunca os perderé de vista.

CRIST. Cuál es vuestro intento?

VALT. No lo ignorais, os lo he dicho ya; habeis de ser mi esposa.

CRIST. Yo? Justo Dios! Despues de haberme tan odiosamente engañado?... Despues de haberme hecho sentenciar injustamente?... Antes bien, señor, si es verdad que una infeliz os inspire alguna compasion, no os pido mas que una gracia. Alejaos, no permanezcais aquí... Vuestra presencia me daria la muerte!...

VALT. Estoy pronto en retirarme; seguidme.

CRIST. Seguiros... *(espantada.)*

VALT. Pérfida... Pensais escaparos?

CRIST. Por Dios!... Callad.

VALT. He venido para quitaros la máscara que os encubre; para revelar el indigno abuso que os atreveis á hacer de un asilo respetable.

CRIST. Os suplico...

VALT. Para entregaros á la afrentá, á la infamia, y arrancaros de manos de mi rival, de ese Carlos que preferís á mí.

CRIST. Por Dios!... por piedad, no me perdais.. *(Arrodillándose.)*

VALT. Quiero haceros esta gracia; *(Alzándola.)* pero oidme... No temais nada... Aunque alguien me viera, nadie me conoce... además, bajaré la voz... Solo me oirais... pero me oiréis... Lo exijo, ó de lo contrario, al momento entro á hablar á la Marquesa.

CRIST. No, no señor, os escucho.

VALT. No trataré de enganaros por mas tiempo sobre los motivos de mi conducta. He querido constituirme

el dueño, el árbitro de vuestra suerte, y lo he conseguido, pues puedo al instante salvaros ó perderos. No quiero ahora entrar en pormenores, que el sitio y la prudencia no permiten. Básteos saber, que poseo todas las pruebas de vuestra inocencia, de las intrigas que se pusieron en obra para haceros sentenciar; de las calumnias, de los crímenes de vuestros perseguidores, cuyos pasos favoreci yo mismo para confundirlos despues cuando llegase el caso. En fin, que puedo devolveros vuestra fortuna, el honor: mas todavía, un nombre distinguido, un ilustre nacimiento, que solos bastarian para aniquilar á vuestros enemigos, si no oponéis una resistencia á los proyectos que he fundado en vos.

CRIST. Cielos!... Seria posible?...

VALT. Nadie nos escucha, estamos sin testigos. *(En voz baja.)* Juzgad cuán interesada estais en obedecerme. Consentid en ser mi esposa, y me obligo á probar auténticamente, que sois hija legitima de la condesa de Liñg.

CRIST. Qué oigo! Mi bienhechora era mi Madre?

VALT. Un casamiento secreto la unió al Baron de Belmar. El odio con que su familia miró siempre á este caballero, la obligó á ocultar siempre su union.

Vuestro padre murió: la Condesa no se atrevió por eso á descubrir el secreto de su matrimonio; pero os adoptó y os dejó todos sus bienes. El documento, único que acredita vuestro nacimiento, me fué confiado. Ese documento está en mi poder, con todas las pruebas, y no le soltaré sino despues de ser esposo vuestro.

CRIST. Esposo mio!... ah!... Penetro, por fin, vuestro odioso plan. Mi fortuna es lo único que ambicionais. Vos mi esposo... Nunca!...

VALT. Nunca!... Olvidais que vuestra suerte depende de mí? Qué con una palabra puedo entregaros á la justicia? Qué sin mí, seréis siempre un ente ignorado ó despreciado? Qué conmigo recobrareis una existencia brillante? Nunca, decís? Nunca! Cristina, tened cuidado con lo que voy á deciros. No obraré en contra vuestra si no me obligais á ello: con que pensad bien lo que vais á hacer... Os esperan para uniros al señor de Belvil. Le amais, lo sé, poco me importa; os prohibo contraer este enlace. Imaginad todo lo que gustéis, pero rehusadle. Lo oís? Reusadle pues: allí estoy observándolo todo; y si dais un paso mas, me presento, hablo y os delato.

CRIST. Ah! os juraré, si quereis, que nunca será la esposa de Carlos. Pero provocar un escándalo terrible!

Ah! señor, no exijais...

VALT. Me habeis oído? Quiero ser obedecido. No temais nada: mañana estareis bajo mi proteccion: oigo ruido.

CRIST. Dios mio!...

VALT. Os buscan sin duda.

CRIST. Retiraos, señor, retiraos: os obedeceré.

VALT. No olvidéis que no os pierdo de vista.

(Va á irse por la verja, ve gente y vuelve precipitadamente. Cristina espantada corre hácia él, le indica la puertecilla de la huerta donde vá Valter. Al mismo tiempo sale de la casa la Marquesa con muchos criados, mientras Carlos y el Abate L'Épée salen por la verja.)

ESCENA XV.

La MARQUESA, CRISTINA, CARLOS, el ABATE y á poco BONAR.

CARL. Madre mia, aquí está nuestro venerable amigo.

ABAT. Me he apresurado, señora, á ceder á vuestros desos.

MARQ. Ya conocéis sin duda el motivo que nos reúne: vuestra presencia es doblemente necesaria. Como pastor presenciareis la ceremonia que debe preceder á su himeneo; como amigo, como protector de nuestra amable huérfana, es muy justo que la sirvais de padre.

ABAT. Si señora, la serviré de padre; (tomando la mano de Cristina.) no debe dudarlo.

CRIST. Oh, padre mio! no me abandoneis. (en voz baja.)

ABAT. (en voz baja.) Animo, querida Enriqueta, por qué temblar así? El cariño de una madre, el amor de un esposo os aseguran en adelante una felicidad inalterable.

CRIST. Inalterable! (con dolor concentrado.)

SALE BONAR. El notario acaba de llegar. (Cristina hace un movimiento de terror y echa unas miradas furtivas é inquietas sobre la puerta por donde se fué Valter.)

CARL. Qué teneis, Enriqueta? Vuestras miradas inquietas parecen buscar á alguien.

CRIST. No... no... señor Carlos, á nadie. (con turbacion.) (No está aquí.)

MARQ. La turbacion de Enriqueta es inexplicable. (á su hijo.)

CARL. Madre mia, no puede ser mas que una emocion muy natural en este momento.

ABAT. Vamos, hija mia. (á Cristina.)

CRIST. No advertis aquí algun extranjero? (al Abate, sin atreverse á mover los ojos.)

ABAT. No.

CARL. Enriqueta, se nos está esperando. (tomando la mano de Cristina.)

CRIST. Entremos pronto. (al Abate.)

(Carlos presenta la mano de Cristina al Abate, y toma la de su madre; Bonar y los criados hacen un movimiento para dejar el paso libre de la puerta. Mientras se efectua este movimiento, Valter atraviesa el jardín y se arrima hácia las gradas de la puerta. Cristina está todavia mirando la puertecilla de la huerta, y no viendo á Valter que ya pasó por el otro lado, se acerca la primera con el Abate hácia la entrada; Valter se coloca entonces en frente de las gradas, y se encuentra facha á facha con ella.)

ESCENA XVI.

Los mismos y VALTER.

VALT. Un momento.

CRIST. Ah! (desmáyase en los brazos del Abate.)

CARL. Enriqueta. (corriendo á sostenerla.)

(Todos miran á Valter con la mayor sorpresa, él está esperando con aparente tranquilidad.)

MARQ. Qué extraño misterio! Quién es ese hombre?

BON. Pero no me engaño. El señor es el extranjero que me ha hecho esta mañana tantas preguntas sobre la señorita.

MARQ. El señor?

VALT. Si señora, yo mismo soy.

MARQ. (con vehemencia.) Y quién sois, Caballero? Qué buscáis aquí? Con qué derecho venís á trastornar una familia entera? Cómo puede vuestra presencia causar tal espanto á esta jóven?

VALT. Vais á saberlo, señora. Esperaba que estuviese en estado de oirme. Vengo á reclamar esta señorita.

MARQ. Gran Dios!

CARL. Enriqueta?

VALT. Enriqueta no... es...

CRIST. Ah! Callad por Dios, callad. (arrojándose á sus pies.) Me entrego en vuestras manos... Disponed de

mi suerte, de mi vida... estoy pronta á seguirlos.

MARQ. Y CARL. Seguirle!

BON. (Es pariente: ya me lo pensé.)

VALT. En este caso, señorita, cumpliré mi palabra. Salgamos. (tomándola la mano.)

CARL. No saldreis... ó mi justo furor...

MARQ. Olvidais, caballero, que la señorita está en mi casa?

VALT. Supuesto que se me obliga, voy á esplicarme. (Cristina hace un movimiento.) Pero no, su desgracia merece mi indulgencia. Imploraré por ella vuestra compasion. El honor y mi deber no me obligan á mas que á enteraros. Echad una ojeada en este papel. (presenta un papel á la Marquesa.) Es una sentencia del tribunal de Bruselas; conced la mujer á quien no podeis unir vuestro hijo, ni dar vuestro apellido. Por recompensa del importante favor que hago á vuestra casa, no os pido sino que tengais la generosidad de no esponer á esa desgraciada á la vergüenza y peligro de ser conocida. Contando, pues, con vuestro piadoso silencio, os enteraré, leed. (La da un papel.)

CRIST. Desgraciada! Ya no me queda esperanza! (La Marquesa lee el papel. Carlos se arrima y le lee tambien al mismo tiempo con la mayor turbacion. Valter se sonrie mirando á Cristina. El Abate se arrima á esta, tratando de sostenerla y consolarla, pero sin dejar de examinar con mucha atencion á Valter.)

CARL. (Gran Dios!)

MARQ. Miserable, sois vos... (á Cristina.)

CARL. No, no... es imposible... es una impostura. (con desesperacion, coge el papel, y dice á Valter.) Temblad, temblad si mentis. Enriqueta, Enriqueta, solo á vos creeré... leed... es verdad?

CRIST. Si, señor Carlos. Verdad es... pero soy inocente. (desviando el papel.)

CARL. Madre mia, lo ois?

MARQ. Hijo mio, que estravio! Y qué, esperais de su boca una confesion tan cruel! Podeis creer que se acuse ella misma de un crimen odioso? Sabed respetaros á vos mismo. Un tribunal sentenció: nada puede borrar esta mancha, y la señorita debe conocer, en fin, que la casa de la Marquesa de Belvil no puede por mas tiempo servirle de asilo. Ah, señor! Seais quien fuéreis, os doy gracias de haber abierto mis ojos; de haber libertado á mi hijo, á mi familia, de la deshonra que le amenazaba. En nombre del cielo acabad vuestra obra! No quiero saber cuáles pueden ser vuestros derechos sobre la señorita. Cualquiera lazo que la una á vos, os suplico que useis de vuestra autoridad. Llevaos al momento á esa infeliz, que me ha engañado tan cruelmente, y que dejará tan crueldes memorias en nuestros corazones. Ah! os lo vuelvo á suplicar; por piedad, libradnos al instante de la presencia de esa miserable.

CARL. Madre mia... (desesperado; y la Marquesa con una seña de autoridad le detiene.)

CRIST. Dios justo! Me echan, y es él á quien me entregan! (señalando á Valter.)

VALT. Vamos, señorita. (llevándosela.)

ABAT. Deteneos, señor, deteneos. En nombre del Dios que sirvo, os prohibo acercaros á esta jóven. La providencia la confió á mi guarda para llevarla al término de sus desgracias. Testigo silencioso, os he observado atentamente: en vuestra accion, en vuestras palabras os he reconocido; sois Valter.

VALT. Quién os ha dicho mi nombre?

ABAT. Vuestra misma víctima. (parece admirado Valter.)

MARQ. Cómo! Sabeis?...
 ABAT. Todo, señora; y Enriqueta debía salir hoy mismo de vuestra casa. Venid, hija mía; el crimen os persigue. Los malvados os calumnian, los otros os abandonan. Pero los brazos de un padre os quedan abiertos, y tal vez no se atreverán á perseguiros hasta este último asilo. Vos, sin embargo, apartad de vuestro corazón todo resentimiento injusto. No olvidéis nunca los favores que derramó una mano generosa. Un momento de error no debe borrar tantos días señalados por la gratitud. (*Cristina vuelve los ojos con enternecimiento hácia la Marquesa*) A Dios, señora: algún día, me atrevo a asegurarle, algún día os devolveré esta jóven, mas feliz y justificada. Hasta entonces, cumpliré mi promesa sirviéndola de padre, y defendiéndola de sus enemigos. (*mirando á Valter.*) (*Cristina se arrima á la Marquesa, coge su mano y se la besa con respeto; mira á Carlos, y levantando los ojos al cielo al mismo tiempo que tiene su mano sobre el corazón, vuelve el Abate y la coge con cariño, y enseñándola el camino y convidándola á seguirle. Carlos hace un movimiento para correr tras de Cristina: su madre le detiene. Valter parece inquieto y cabaloso.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una especie de gran cobertizo. A la derecha del actor está la entrada principal de la granja, donde vive el arrendador. A la izquierda un pabelloncito de forma cuadrada. En el pabellon que ha hecho construir la Marquesa; una escalera exterior conduce á dicho pabellon, cuya puerta se abre en una pequeña galería. Una gran ventana abierta á la misma altura de la puerta, y enfrente de los espectadores, deja ver fácilmente el interior del pabellon. Se suponen otros dos cuartos que pertenecen tambien al pabellon y se comunican con el cuartito de entrada; el uno en el fondo, enfrente de la ventana, y el otro por el lado, enfrente de la puerta principal. Las puertas de estos dos cuartos deben verse. El fondo del cobertizo deja ver un patio cerrado por una cerca de zarza; mas allá del patio, en perspectiva, campo. Es de noche mientras dura el acto.

ESCENA PRIMERA.

Un farol encendido está colgado en medio del cobertizo.
 JUAN el RUBIO, AGUEDA, ALDEANOS y ALDEANAS. Al levantar el telon, baile. Es la fiesta de que ha hablado JUAN en el primer acto. Algunos aldeanos están bebiendo y fumando con JUAN, al rededor de una mesa. Sale AGUEDA por la puerta de la granja, é interrumpe el baile.

AGUED. Basta, hijos, basta, os digo. Las nueve están dando; se va nublando mucho el cielo; ya caen gotas, amenaza tempestad, y el viento podria muy bien traerla por acá; con que volved cada uno á su casa, cerrad las puertas, é ir á acostarse.

JUAN. A acostarse!... A acostarse! Siempre tienes prisa tú, cuando se trata de eso... Vamos, muchachos, á beber un trago... Eso os dará piernas para acompañar á las muchachas á sus casas. (*beben.*) Ahora, para consolaros de despediros tan temprano, voy á daros una buena noticia.

AGUED. Vamos, algun cuento.

JUAN. No se trata de cuentos, señora; se trata de una boda, y famosa, y en la que se bailará.

ALDEAN. De una boda! (*acercándose.*)

AGUED. Y dónde es la boda famosa?

JUAN. En la quinta.

AGUED. Calla tonto. Y de quién?

JUAN. (*remedándola.*) Calla tonto. Y de quién? De la señorita Enriqueta, con el señorito.

AGUED. No puede ser.

JUAN. Chito! Es todavía un secreto... Con que no lo digais á nadie...

AGUED. A fé que el tal secreto está muy bien guardado...

JUAN. Esta mañana, cuando estuve en la quinta... (*con aire de importancia.*)

AGUED. Si, por ciruelas que no has traído.

JUAN. Válgame Dios! Qué habladoras son todas las mujeres! No me interrumpais, señora esposa, porque esto me hace perder el hilo.

AGUED. Vamos... coje tu hilo... y veamos... cuando estuviste en la quinta... has soñado...

JUAN. No señora... no he soñado... Se ha visto semejante?... El señor Bonár, el viejo mayordomo, me ha insinuado dos palabras sobre el misterio; me ha dicho en propios términos... Pero cuidado con publicarlo, porque me lo ha dicho en secreto, y no quisiera... Me ha dicho, pues: «A mí Juanito, hay novedades, estas? hay novedades.» Entendeis lo que quiere decir eso? (*á los aldeanos.*) Hay novedades. Con que he dicho... Ya estais enterados. Venga otro trago.

AGUED. Si, bebed... Si no bailais mas que en esa boda, no os rompereis las piernas.

JUAN. Pero mujer, qué impide...

AGUED. Calla por Dios; te quieres chanclear con tus noticias? Figúrate tú cómo es posible que una muchacha que se encuentra en el país, como si hubiese caído del cielo, y á quien hemos visto venir á pié, sin recomendacion alguna; tal vez sin un cuarto; y que no parece conocer padre ni madre, pariente ni habiente, ni... Vaya, vaya... Conozco á nuestra señora, y te aseguro que tiene demasiado orgullo, para dar así á su hijo único á una muchacha que se llama Enriqueta, á secas... Vaya.

JUAN. Calla, mujer... Ahí ves como no paras en decir disparates... No es la señora Enriqueta quien pide al señor Carlos en matrimonio; al contrario: es el señor Carlos quien quiere casarse con la señorita Enriqueta... Con qué ya ves qué diferencia va. Y la señorita Enriqueta, á secas, tan á secas como tú dices, no deja de ser una maravilla en su clase.

AGUED. Una maravilla... Miren, porque es jóven y bonita.

JUAN. Pues.

AGUED. Y bien, peor; si señor, peor; esos matrimonios por amor, siempre acaban mal y no me sorprenderia el que... Ah! (*relámpagos.*)

JUAN. Y qué... no es nada... es un relámpago de calor.

AGUED. Escucha. (*ruido de tempestad lejos.*)

JUAN. Cá... Es muy lejos... Espera. Voy á ver. (*Vuelve la espalda: al mismo tiempo aparece Cristina, vestida con sencillez, en el fondo del patio. Parece cansada y muy abatida; se acerca con temor. Un zagal la acompaña, llevando un lío que le entrega y se vá.*)

ESCENA II.

Los mismos y CRISTINA.

JUAN. Ay! qué es esto? (*Parándose de repente, y todos la miran con sorpresa.*)

AGUED. Una muger... De dónde puede venir?

JUAN. Jesus! Seria posible!... Si, ella es... (*Agueda corre á Cristina, la cual no se atreve á entrar y la introduce en el patio.*) Y qué...? Ella es... Ella es... Conoce á todo el mundo este hombre?... Ah! La señorita Enriqueta!...

JUAN. Dios mío!... En qué estado!.. A qué venis á ver-
nos en semejante hora?

CRIST. Vengo á pedir hospitalidad. Está lloviendo: una
tempestad se anuncia, y estoy muy cansada. Os suplico
me admitais, solo por esta noche...

AGUED. Pero de dónde venis? A dónde vais, así, solita,
de noche?

CRIST. Vengo de la quinta. Voy á Renebal, á casa de la
hermana del Abate L' Epée, á la que se sirve recomen-
darme por esta carta. (*Enseña la carta.*) Debía él
mismo acompañarme, pero el anciano Pedro está mui-
riendo, y los deberes de su ministerio obligan al Pas-
tor á quedar al lado del enfermo. Me ha dado para
conducirme, uno de los zagales del pobre Pedro. Pero
me siento tan cansada... he padecido tanto!...

JUAN. Pero... estoy soñando... ó tengo visiones?... Yo
que no hace un minuto estaba hablando de vuestra
boda, ahí mismo...

AGUED. Os habrán echado acaso de la quinta?

CRIST. Si señora.

AGUED. Ah!... Lo hubiera apostado. Eso no podia acabar
de otro modo... Estais fresca ahora.

JUAN. Ya se vé, es duro... á su edad... tan mona... pero
no se quejará mucho tiempo desacomodada.

AGUED. Pobre muchacha... Oye, esposo... (*Saca aparte
á su marido.*) Sería prudente recibirla en casa?...
Es que no veo muy claro todo esto... y si la señora
la ha echado, nosotros que somos sus dependien-
tes, nos comprometemos en...

JUAN. Déjame de dependientes... Y este corazon que late
aquí, depende algo mas que de la religion y de la hu-
manidad? Quién podia reusar un asilo á una muchacha
tan jóven, y con el tiempo que está haciendo? Vamos,
no quiero hablar de eso, porque se me traspasa el co-
razon con solo pensarlo.

AGUED. Ya estás tú con tu corazon que se traspasa por
cuálquier friolera... Pues yo no me...

JUAN. Vamos, Aguedilla, vamos; un poco de humanidad.
Qué demonio!... Por qué quieres parecer mas mala de
lo que eres? Además, te acuerdas de lo que nos dice
todos los domingos el cura?... Abrid al que llama,
dad al que pide.

AGUED. Abrid... dad... todo eso está pronto dicho: pero yo
no me... y qué... (*Volviendo á ver á Cristina que se
va enjugando las lágrimas.*) A dónde vais?

CRIST. No lo sé: me ha parecido que no os atreviais á
recibirme, y me retiraba.

AGUED. No, señorita: qué disparate!... Cómo fuera yo
capaz? Es el tonto de mi marido que...

JUAN. Canario! Ahora salimos con eso?

AGUED. Oídme, señorita. Nuestra señora la Marquesa es
tan buena ama, que es preciso hayais hecho algo malo
para que os despidiera de ese modo. Pero supuesto que
vais á casa de la hermana de nuestro buen Abate L'
Epée, podemos recibiros al paso. Con que se conclu-
yó... no lloréis. Dormireis aquí, y voy á daros de
cenar.

CRIST. Gracias... no necesito nada; nada mas que des-
cansar un poco. (*Quiere arrimarse á una silla, y le
falta poco para caerse, y Agueda la sostiene.*)

AGUED. Válgame Dios, que debilidad!... Pobrecita!...
Rosa... Rosa... un vaso de agua. Pronto. Vamos,
Juan, despide toda la jente... Qué estás haciendo aquí
como un palo?... No ves que esta pobre muchacha
necesita descansar?... Vamos, hijos; vamos pronto...
pronto... que es tarde.

JUAN. Voy... voy... y cerraré las puertas.

AGUED. Corre. (*Juan dá faroles á los aldeanos; los des-
pide, y los conduce hasta fuera. Cuando acaban de
salir, se introduce Valter en el pátio; mientras se en-*

*cienden y reparten los faroles, Agueda cuida de Cris-
tina, le pone agua en las sienes. Cuando empiezan á
retirarse los Aldeanos, vuelve en sí Cristina y Ague-
da le dá á beber un vaso de agua.*) Bebed un poco de
agua: eso os aliviará.

CRIST. No os asustéis... no es nada... El calor, el can-
sancio del camino...

AGUED. Vamos, lo que necesitáis es descansar. Con que
se os vá á disponer la cama, para que podais acosta-
ros al momento.

CRIST. Ah! cuán agradecida estoy á vuestras bondades.

AGUED. Dejad por Dios! Todo lo merecéis. (*Juan vuelve
después de cerrar la puerta.*)

ESCENA III.

CRISTINA, AGUEDA, JUAN, Y ROSA.

JUAN. Vamos, están todos despachados. Ahora tratemos
de la señorita. Está muy cansada, necesita de una
buena cama.

AGUED. Todo lo tendrá sin incomodar á nadie. El cuarto
de la señora Marquesa, en el pabellon, está siempre
corriente para cuando se le ofrezca venir. Hay sábanas
limpias en la cama, y á fé que estará hecha una prin-
cesa... Pobrecita!... Rosa... Ves á disponerlo todo.
(*Rosa sube al cuarto, abre las ventanas, arréglalo
todo, y vuelve.*)

JUAN. (*á Cristina.*) Con que, negocio concluido? Maña-
na por la mañana, á la hora que os acomode, pongo
el caballo á la tartana, y os llevo yo mismo á Renebal.

JUAN. Gracias, amigos míos. Creed que no soy indigna
del interés que me manifestáis.

JUAN. Vamos, mujer, conduce á la señorita, y no le di-
gas nada, por Dios. (*en voz baja.*)

AGUED. Bueno, bueno: sino sabré yo lo que he de
hacer?

JUAN. Lo que te digo yo, es por tu solo interés. Qué
quieres? Tienes algunas veces el tono tan regañon,
que podria uno creerte muy mala; cuando en el fon-
do... Ah, ah, ah. (*se ríe.*)

AGUED. Acabarás pronto?... Cómo puedes reírte, cuando
ves?... Estos hombres tienen un corazon!... Vamos,
señorita, subid.

CRIST. Con vuestro permiso, quisiera aprovechar los
cortos instantes que me permitis en vuestra casa,
para escribir á la señora Marquesa. No he tenido valor
para hablarla cuando salí.

JUAN. Voy á buscaros todos los adminículos. (*vase.*)

AGUED. Escribireis vuestra carta en el cuartito de la
entrada. Hay una mesita inmediata á la ventana; el
cuarto de la señora está despues; no tendreis mas
que empujar la puerta: no se cierra. No os equivo-
queis. El otro cuartito de enfrente, es el del se-
ñorito, cuando viene con su mamá. No hay otros:
conque no tengais miedo. Una vez cerrada la puerta
de la escalera, podeis dormir en paz.

SALE JUAN. Tinta para escribir, papel de correo y una
pluma del pavo del escribano, que os aseguro que no
es blanda.

AGUED. Una luz.

JUAN. Ahí la tienes; y el lio tambien... (A fé mia que
no pesa mucho el tal lio.) Es esto todo vuestro equi-
paje?

AGUED. Qué te importa, curioso? (*cogiéndole el lio.*)

CRIST. Amigos míos, mientras viva, me acordaré de vos-
otros con agradecimiento.

JUAN. Buena noche, señorita Enriqueta... Hasta ma-
ñana si Dios quere... Que dormais bien. (*Agueda lle-
vando la luz, el lio y el papel sube la primera.
Cristina la sigue. Aquella enseña á esta la salita de*

entrada: pone en la mesita la luz y lo que lleva. Después entran ambas en el cuartito de enfrente de la ventana. Mientras se ejecutan estos movimientos, se ve á Valter observar el interior del patio, reparar el cuarto donde han llevado á Cristina, y después retirarse.) Jesús mil veces!... La señora Enriqueta echada de la quinta!... Quién lo hubiera dicho? Cómo podría yo pensar que?... Es preciso confesar, que para una muchacha es á veces desgracia tener una hermosura demasiado... Cómo diré yo?... Demasiado... sobresaliente... Es que una muchacha, no es un género como cualquiera. Es género de comercio difícil... Aquí no se gusta de él... Allá lo quieren demasiado... En fin, es género que siempre deja merma... El caso es, que en mi tiempo era lo mismo. Es decir, lo mismo era para los muchachos; verbi gracia, yo... Me acuerdo muy bien, que no podía dar un paso en mi pueblo, sin que las muchachas saliesen á sus puertas... Es que era preciso oirlas cuchicheando... Es el rubio... el de los colores tan frescos... que mono... que... Y luego cantaban, me agasajaban, reían como loquitas. Yo creía desde luego, que no había mas que llegar y pegar. Iba... zás... y me daban con la puerta en los hocicos. Sin embargo, seamos francos, algunas veces no me salió tan mal... Y sino, dígalo Agueda, mi mujer... Es que era bonita entonces... no chillaba tanto... era dócil... era... Ahora es diferente... se va haciendo vieja, y es preciso apagar mi farol.

(Baja el farol y le apaga. Vuelve Agueda. Ha dejado el belon en la mesa, y Cristina se ha puesto á escribir.)

AGUED. Ya se concluyó... Está escribiendo. Se acostará cuando quiera. Ves como acertaba cuando te decía, que esto acabaría mal? Vamos á acostarnos.

JUAN. Pobrecita!.. (mirando al pabellon.)

AGUED. No se trata de ella ahora. Vamos, vienes? Estoy esperando.

JUAN. Voy, mujer... voy... que priesa... (No hay que replicar, es preciso hacer siempre cuanto quiera.) (Entran en la granja; se oyen los cerrojos. Como se han llevado la última luz, el teatro se quedará enteramente á oscuras. Sale Valter.)

ESCENA IV.

VALTER y CRISTINA.

VALT. No me he equivocado... Cristina ha llegado sola á esta granja. Nadie la acompañaba mas que un zagal, que se ha vuelto. Por qué la habrá abandonado el Abate, que la había tomado bajo su proteccion? Si yo lo hubiese pensado, ella no hubiera llegado hasta aquí... Pero á dónde intentará ir? La Marquesa y su hijo habrán vuelto á París. Se guardará muy bien de dirigirse á esa ciudad. Es mucho menos probable que piense en volver á Bruselas. Pero, para qué cavilar sobre sus proyectos? De ella es de quien debo asegurarme. Mi fortuna entera depende de su posicion: si no pudiera conseguirla, mi propia seguridad exigiría su muerte. En este pabellon es en donde la han alojado; examinemos pues. (busca al rededor del pabellon, y se encuentra en frente de la ventana.)

CRIST. Y me querrá creer la señora Marquesa? (dejando un momento la pluma.) Carlos mismo, podrá persuadirse que no quise nunca engañarle? Diré la verdad... (vuelve á tomar la pluma, y sigue escribiendo.) Es cuanto puedo hacer.

VALT. Ya la veo; ha conservado luz. Me parece que está escribiendo. Está sola hácia este lado; (observando y escuchando.) todo está en calma. Bastaría

atraerla aquí... Una idea me ocurre... Tiene una confianza ciega en su protector. No la ha acompañado, pero debe vivir en este pueblo... Me será fácil enganarla... A ver... (sube vivamente á algunos escalones, y se para de repente, reparando el ruido que hacen sus pasos; escucha.) No oigo nada, subamos mas despacio... (sigue subiendo.)

CRIST. Me parece que alguien sube. (levantándose á medias y escuchando.)

VALT. Esta es la puerta. (dá dos golpecitos.)

CRIST. Cielos! Quién puede llamar? (temblando.)

VALT. Enriqueta... (mudando la voz.)

CRIST. Quién me llama?

VALT. El Abate L'epée.

CRIST. Mi protector!... Os doy gracias, Dios mio! Al instante voy. (toma la luz.)

VALT. Ya viene; preparémonos. (bajando con prisa. Cristina abre: baja la luz, y recorre buscando.)

CRIST. Dónde estais?

VALT. Silencio!... (cogiéndola del brazo.)

CRIST. Ah!... Sois vos?... (d ja caer la luz y se apaga.) Dios poderoso! Qué queréis todavía de mí? No me habeis hecho bastante desgraciada? Me perseguireis hasta la tumba?

VALT. Sí: os perseguiré sin cesar. En todas partes me vereis siempre, como una sombra, siguiendo vuestros pasos. No tendreis un solo dia de descanso; y al momento que un rayo de esperanza venga á alentáros, oireis repetir el nombre de Cristina.

CRIST. Ah! (horrorizada.)

VALT. Acusad de injusticia al cielo, al destino... Podeis hacerlo; pero un lazo terrible nos une: es el del crimen. Confieso si queréis que yo solo lo he formado... Pero no es menos indisoluble. Nuestra existencia está confundida, y debo poner fin á vuestras desgracias ó colmarlas... Cristina, por piedad de vos misma, examinad vuestra situacion, no os hagais ilusiones: dejad de alucinaros... Ya conocéis á Valter... Por todo lo que hizo, juzgad lo que puede emprender, y temblad. Sí... himeneo... himeneo ó venganza implacable!

CRIST. Ah! soy una víctima abandonada á la desgracia. Pero si hay que elegir entre el infortunio que me persigue, y el horror de llevar el nombre de esposa vuestra; no lo dudeis, cruel: la miseria, el oprobio, el cadalso me parecerán menos horribles que pertenecer á un mónstruo como vos.

VALT. Imprudente!...

CRIST. Ya no me queda nada que temer. Entregadme, pues, á mis verdugos: sepultad la inocencia en los tormentos reservados al crimen; pero nunca, no, nunca recogeréis el fruto de vuestros odiosos delitos. Enterándome de quien me dió el ser, me habeis inspirado el orgullo de la noble sangre que hierve en mis venas. Bárbaro! habeis vendido mis lágrimas á mis enemigos, y queréis aun que la víctima se entregue por sí misma á su verdugo? Nunca... nunca... Mas bien la muerte!

VALT. Queréis, pues, quitarme toda esperanza?

CRIST. Ya sé que habeis contado con mi debilidad, con mis tormentos: habeis calculado á sangre fria todas las angustias que me devoran? Te engañaste, cobarde; el mismo esceso del infortunio en que me has sumergido, me ha inspirado el valor y la fuerza de la desesperacion. Tu crueldad sostendrá mi energía. Tiembla tú mismo ahora... tiembla, infeliz!... Asolada por la desgracia, me levanté por fin para pedir venganza... Y los clamores de la víctima, van á retumbar ante los tribunales.

VALT. Emprenderías...

CRIST. Todo.. Ya un hombre respetable recibió mis revelaciones. El sagrado carácter que le adorna, confundirá al calumniador. Sí, mi noble protector, guiado por la divina justicia, mañana os acusará.

VALT. Mañana, decid? Mañana!... Mañana habreis dejado de existir.

CRIST. Dios! (espantada.)

VALT. No llames. (siguiéndola.)

CRIST. Oh! no os acerqueis. (horrorizada.)

VALT. No llames te digo, ó bien este hierro ahogará tus voces. (atrayéndola.)

CRIST. Deteneos.

VALT. Por última vez, te mando que me sigas. (atrayéndola.)

CRIST. No... no... nunca... Oh, Dios! amparadme. (se oye ruido en la granja.)

VALT. Tus voces me pierden: pues muere. (levantando el puñal.)

CRIST. Ah!... (cayéndose.)

VOCES. (dentro.) Allá vamos: allá vamos.

VALT. Jente viene: júrame guardar silencio.

CRIST. Si... Si...

VALT. (Huyamos... Volveré pronto. Conoceré el cuarto.) (ocultando el puñal. Vase precipitadamente por el fondo del patio; Cristina se esfuerza para levantarse: Juan y Agueda llegan con luz.)

ESCENA V.

CRISTINA, JUAN, y AGUEDA.

JUAN. Qué es esto?... Dios mío!... Qué es esto? Ah!... (corriendo, encuentra á Cristina y se sorprende.)

AGUED. La señorita Enriqueta... (la ayuda á levantar.)

JUAN. Toma... es verdad... ella es!

AGUED. Qué estais haciendo aquí, señorita? Qué teneis? Por qué habeis salido de vuestro cuarto?

JUAN. Habeis acaso sentido algo? Serán ladrones? (temblando.)

AGUED. Dios mío!... Cómo está temblando... Tiene las manos como nieve.

JUAN. Esperad; voy por la escopeta.

AGUED. Deja, tonto... llama mas bien á Rosa... Vamos, vamos á socorrer á esta pobrecita.

CRIST. No... no... no llameis á nadie, no os asusteis, no es nada; me siento mucho mejor.

AGUED. Pero qué habeis tenido?

JUAN. Por qué no os habeis acostado?

CRIST. No sé... es... iba á retirarme, cuando creí sentir ruido... bajé con la luz... el viento me la apagó...

JUAN. Y es cierto. Aquí está en el suelo... (viendo y recogiendo el belón.)

CRIST. Viéndome en la oscuridad, el miedo me ha sorprendido. (llaman á campanillazos en la puerta exterior.)

JUAN. Jesús!... Has visto, mujer, qué miedo tenemos hoy todos?...

AGUED. Quién puede llamar tan tarde, y por la puerta principal? Ves á verlo, Juan.

JUAN. Será tal vez el mismo viento que apagó la luz de la señorita, el que se entretiene ahora en llamar. (temblando.)

AGUED. Te digo que es jente... vamos aprisa, que llueve... Rosa... Rosa... que llaman á la puerta principal.

ROSA. (dentro.) Voy, señora, voy.

JUAN. Espera, Rosa, espera; voy contigo. (vase.)

AGUED. Si será nuestro buen Abate que vendrá por vos? CRIST. El Abate? ay!... si fuera verdad, el cielo me lo enviaría...

AGUED. Como me habeis dicho que debía acompañaros;

puede muy bien, si el enfermo no le necesita ya, que...

CRIST. Silencio... (escuchando.)

JUAN. Mujer... Mujer... (corriendo azorado.)

AGUED. Qué hay?

JUAN. No sabes lo que hay?

AGUED. Por supuesto que no lo sé.

JUAN. La señora Marquesa que llega.

CRIST. La Marquesa!

JUAN. En persona, con el señor Carlos... con que estamos frescos ..

CRIST. El señor Carlos? (con emocion.)

AGUED. Tan tarde?

JUAN. Iban á dormir á París, acompañados del señor Bonár y de todos los criados de la casa; pero el viento... la lluvia, y el miedo de la tempestad les ha hecho volver atrás, y yienen aquí, á pasar la noche.

AGUED. Válgame Dios! Y la señorita que está aquí?

CRIST. Qué será de mí? Ah! ocultadme, os suplico; no me atreveria nunca á presentarme delante de la Marquesa de Belvil.

AGUED. Un momento... no os azoremos. Corre á recibir á la señora: hazla muchas cortesias, muchísimos obsequios... trata de introducirle lo mas despacio que puedas, y sobre todo, cuidado con hacerla pasar por la granja... traela por el patio hasta aquí.

JUAN. Ca... por el patio... y la lluvia que cae á cántaros!

Vale mas...

AGUED. Haz lo que te digo... date prisa, y ves con cuidado.

JUAN. Pero mujer, no puedo ir aprisa y con cuidado.

AGUED. Calla, y corre. (vase Juan por la granja.)

ESCENA VI.

CRISTINA y AGUEDA.

AGUED. Vamos nosotras ahora: no quereis que os vea la señora? Tampoco lo quisiera yo, porque temo reconvenções por haber... Está deshecha la cama?

CRIST. No la he tocado.

AGUED. Bendito sea Dios! Entrad pronto por ahí dentro, os ocultaré en el cuarto de Rosa, y mañana á la madrugada saldreis sin que os vean.

CRIST. Ah! os deberé la vida.

AGUED. Id pronto, pronto, que vienen...

CRIST. Y los efectos que he dejado en el cuarto?

AGUED. Jesús! teneis razon, voy corriendo. (toma la luz y vase.)

CRIST. Ay! cómo resistir á tantos golpes seguidos? Valter amenaza mi vida... Carlos... Carlos está aquí... Ah! si deben aumentarse mis desgracias, dadme mas fuerzas para soportarlas.

JUAN. (dentro.) Por acá, cuidado, por acá.

AGUED. (volviendo.) Ahí está todo... pronto... pronto: encerraos en el cuarto último de la derecha, y esperadme allí.

(hace entrar á Cristina y cierra. La Marquesa sale por el patio; unos criados tienen levantada una capa en alto, para resguardarla de la lluvia; Juan vá delante con un farol.)

ESCENA VII.

La MARQUESA, CARLOS, JUAN, AGUEDA, BONAR, ROSA y CRIADOS.

JUAN. No paseis por debajo de las canales... Por la Virgen santísima... no paseis por debajo de las canales...

Vais á... por acá ahora... por acá... á mí... esto es...

Ya estais, señora. Está bien asi? (corriendo á Agueda.)

AGUED. Muy bien.

JUAN. A dónde has puesto á la muchacha... (bajo.)
 AGUED. Servidora vuestra, señora; Rosa... vamos, Rosa... sillas para los señores.
 MARQ. Gracias, hija, no es necesario. (á Rosa.) No permanecemos aquí.
 AGUED. Quita... La señora no las quiere... Los señores tomarán algo antes de acostarse?
 MARQ. No, Agueda, vamos á retirarnos. Los cuartos están corrientes?
 AGUED. Si, señora, por supuesto. (Qué fortuna que no se haya acostado la otra?)
 MARQ. Traed á los cuartos todo lo que está en la berlina.
 BON. Voy, señora. (vase con los criados.)
 JUAN. Pero qué habrá hecho de ella? (habrá estado buscando desde el principio de la escena.)
 AGUED. Me hacéis el favor de no buscar así?
 MARQ. Y habrá comodidad para alojar á todos los criados?
 AGUED. No hay duda, señora. Mi marido los conducirá, luego que la berlina esté en la cochera, y los caballos en la cuadra. (dos criados llevan y suben al cuarto del pabellon maletas y demas.)
 JUAN. Ves el señorito? Qué triste!... Pobrecito! Si supiera que está aquí... (bajo á su mujer.)
 AGUED. (Calla: Jesus que lengua!... á fé que es peor que una mujer... Ves á disponer los cuartos de arriba para los criados, mientras voy á arreglarlo todo en el pabellon.) Señora... (á la Marquesa que está mirando á su hijo con inquietud.) voy á ver si los cuartos están corrientes, y vuelvo al momento á avisaros.
 MARQ. Id, Agueda. (vase los criados.)
 JUAN. Es mucha mujer mi Agueda.
 (Agueda toma una luz y sube, haciendo una señal á su marido para que se vaya.)

ESCENA VIII.
 La MARQUESA y CARLOS.

MARQ. Y bien, Carlos...
 CARL. Perdonad, madre mia; no habia reparado que os habian dejado sola.
 MARQ. Sola? Puedo estarlo con mi hijo?... Y qué, amigo mio, siempre el mismo dolor? No conseguiré devolveros la razon y el espíritu? Sé cuanto puede el amor en una alma tierna y generosa, cuando su objeto lo merece, cuando se presenta adornado de todas las prendas que suponiamos en Cristina.
 CARL. Ah, madre mia!
 MARQ. Pero cuando cayó la venda que nos cegaba; cuando una mujer tan culpable...
 CARL. Deteneos, por Dios, madre mia... Y si Cristina fuese inocente?
 MARQ. Qué delirio!
 CARL. En fin, el Abate L'Épée la defiende. Conoceis las virtudes de este venerable anciano?
 MARQ. Su buen corazon puede engañarse... Olvidais que una sentencia?...
 CARL. Ah, señora!... No sería la primera vez que un inocente hubiera sido sentenciado.
 MARQ. Y qué, os atreveis á defenderla!... No os avergonzais de confesar vuestro amor?...
 CARL. No, madre mia; recordad todas las virtudes de esa interesante huérfana; su amehidad, ese candor angelico, que tan mal puede conciliarse con el crimen que se la imputa. Un corazon perverso fácilmente se deja conocer. Una palabra, una mirada, un solo instante de descuido, basta para dejar caer la máscara que le disfraza. Pero Enriqueta!... Ha dejado ni un momento de ser el modelo de inocencia y de modestia? Todo

en ella no presentaba el semblante de la mas pura virtud, del corazon mas amante? La echais... Hóra... y cubre de besos la misma mano que la rechazaba... En su desgracia, á dónde busca un asilo?... En los brazos del mas virtuoso de los hombres... Ah! madre mia, no es así como se manifiesta el malvado. El malvado, vedle en Valter: si, ese hombre debe ser un monstruo, lo juraria por mi vida, y pronto, tal vez, podré probaroslo.

MARQ. Y qué, tendriais la ingratitud de acusar, de perseguir á un hombre que acaba de salvaros el honor?
 CARL. El honor! Por qué, pues, si tan noble motivo le guiaba, sustraerse á nuestro agradecimiento? No, señora, no; ese Valter tiene en todo su semblante los caracteres del crimen. Su mirar es horrible: su misma sonrisa espanta; y tal es la impresion que su aspecto ha dejado en mi alma, que no puedo yo mismo definir, si es odio, terror ó venganza lo que ese monstruo me inspira.

MARQ. Hijo mio, ya tuve demasiada indulgencia para vuestro delirio... Amais todavía á Cristina? Vuestra madre se avergüenza por vos... Pero mientras respire, no tolerará que mancilleis el apellido de vuestros padres... Nunca la huérfana de Bruselas volverá á mi casa (con severidad.)

CARL. Pero si se declarase su inocencia? (Agueda aparece en lo alto de la escalera, Juan á la puerta de la granja, y los criados en el fondo. Todos se paran á oír las últimas palabras de la Marquesa.)

MARQ. Imprudente!... Dejad de alucinaros... Bajaré á la tumba, antes que consentir otra vez en tan odiosa alianza.

CARL. Ah! madre mia!

MARQ. Callad... Respetaos á vos mismo delante de los criados.

ESCENA IX.

Dichos, JUAN, AGUEDA, BONAR y CRIADOS.

JUAN. (Caramba! Esto vá de veras.)

AGUED. Todo está corriente en el cuarto de la señora.

JUAN. (á los criados.) Vuestras camas están corrientes, podeis venir; os he reservado, por supuesto, la mejor (á Bonar.)

BON. (con pistolas.) Gracias, amigo Juanito. Quereis que suba vuestras armas? (á Carlos.)

CARL. No es necesario: volvedlas á la berlina.

BON. En este caso... sin embargo, (la Marquesa le hace una señal.) acostumbrais... Obedezco, señora... Me esperareis... tengo todavía que arreglar algunas cosas en la berlina. (á Juan.)

MARQ. Agueda, alumbradnos.

JUAN. Hijos, por aquí, conmigo. (A los criados; Bonar se va por el patio: los otros criados siguen á Juan. Por el otro lado la Marquesa y Carlos suben con Agueda que los alumbrá. Llegados al primer cuarto, Agueda dá una luz á Carlos y pasa con otra al cuarto de la Marquesa. Al tiempo de separarse, Carlos besa respetuosamente la mano de su madre. La Marquesa entra á su cuarto; y Carlos se queda solo con una luz en la primera pieza, delante de la ventana; y de la mesita donde escribia Cristina.)

ESCENA X.

CARLOS al momento de retirarse, echa maquinalmente los ojos en la mesa que está delante de él, deja su luz y toma un papel.

CARL. Qué veo!... Dios mio!... No es una ilusion!... Le letra de Enriqueta... Leamos... Si... si... se despida de mi madre... la carta está concluida... Esta plu-

ma... este tintero... una silla colocada delante de la mesa... todo parece indicar que... aquí mismo... Cielos!... Habrá venido? Estará todavía aquí? Aclaremos este misterio. Ah!... si pudiera verla... hablarla... Mi corazón no deja de decirme sin cesar, que no es culpable... Oigo á Agueda que vuelve... Dejémosla bajar para que mi madre no sospeche. *(Entra en la pieza del fondo; Agueda sale con la luz, se para todavía á la puerta del cuarto de la Marquesa como si le hablase y recibiese sus órdenes; echa una ojeada á todas partes y baja. En este tiempo ha vuelto Juan.)*

ESCENA XI.

JUAN, AGUEDA y CARLOS.

JUAN. Ya están colocados todos; no queda mas que el amigo Bonár por despachar... *(relámpago.)* Canariola. Me ha dado en los ojos... Ya tenemos la tempestad encima... pues no faltaba mas, para impedirme dormir por toda la noche. Pero dónde este demonio de mujer habrá ocultado á la pobre Henriqueta? Ya viene: voy á preguntarle... fuerza será que me diga... *(Carlos vuelve á la puerta del pabellon, tan pronto como Agueda ha bajado.)*

AGUED. Dime, hombre... *(apresurada.)*

JUAN. A dónde la has colocado?... *(lo mismo.)*

AGUED. Has visto?

JUAN. No.

AGUED. Si, hombre, aquí estabas...

JUAN. Cuando te digo que la estoy buscando.

AGUED. No se trata de eso... Has visto cuando la señora ha dicho: «Mientras respire, no mancillareis el apellido de vuestros padres: bajaré á la tumba antes que consentir...»

CARL. Juan, Agueda. *(en voz baja.)*

JUAN. Eh! *(asustados se vuelven y se encuentran de espaldas.)*

AGUED. Qué es esto?

CARL. Por aquí.

JUAN y AGUED. Ah! *(volviéndose cara á cara.)*

CARL. Chito!... Yo soy... esperadme.

JUAN. Toma! Es el señorito. *(mirando al pabellon.)*

CARL. Bajo á hablaros.

AGUED. Dios mío! Qué querrá?... Si sabrá que la señorita Henriqueta... *(á su marido.)*

CARL. Amigos míos, no receleis de mí... os juro no decir nada á mi madre. Pero os suplico no me ocultéis la verdad... Henriqueta ha venido aquí?

JUAN. Sí. *(pronto.)*

AGUED. No. *(hace señas á Juan para que calle.)*

CARL. Cómo!

JUAN. Eh!... no te asustes, mujer... no ves que el señorito no es de los enemigos de la pobre Henriqueta!... Pues si señor: ha venido aquí, y aun mejor que eso: aquí está todavía.

CARL. Aquí está!... Oh, amigos míos, os deberé mas que la vida, si me permitis hablarla un solo instante.

JUAN. En cuanto á ese punto... aquí está mi señora y dueña... porque no sé en que agujero la tiene escondida.

CARL. Querida Agueda... todo cuanto poseo...

AGUED. Dejad por Dios... no quiero nada... Vamos, voy por ella. Pero no respondo de traerla, porque tiene tanto miedo de veros...

CARL. No le digais que soy yo quien la llama... Un injusto temor la detendría tal vez... y sin embargo, Dios vé mi corazón, y el sentimiento que me guía.

JUAN. Anda, mujer, anda.

AGUED. Esperadme, vuelvo al momento. *(éntrase en la granja.)*

CARL. Amada Henriqueta, con que voy á verte?... Ay!... Podré al menos jurarla que siempre la amaré...

JUAN. Ha ido por fin. Mi mujer... estais?... mi mujer es una mujer, como son casi todas las mujeres... Chilla, alborota, gruñe... pero con todo eso, aquí, en el fondo, tiene algo de bueno y por eso la amo tanto.

CARL. Silencio. *(escuchando.)*

JUAN. Ahí tenéis vuestra señorita.

ESCENA XII.

Dichos y AGUEDA que trae á CRISTINA. Brillan algunos relámpagos, y el trueno se oye lejos. CARLOS y JUAN se r. tiran un poco para dejar el paso libre á CRISTINA.

AGUED. Venid, señorita, venid. No tengais cuidado. La señora está acostada.

CRIST. Para qué conducirme aquí? No ois como truena? Ah! volvámonos... *(con inquietud.)*

AGUED. Ahí tenéis quien quiere hablaros.

CRIST. Ah!... no... *(asustada.)*

CARL. Henriqueta, es vuestro amigo; es Carlos...

CRIST. Oh, Dios!... señor Carlos, sois vos? *(se cubre la cara de rubor, y Carlos la coje de la mano.)*

JUAN. Ya no tiene tanto miedo: dejémoslos charlar. *(llama aparte á su mujer.)*

CARL. Amiga mía... Por qué huir de mí? Me teméis? Carlos nunca os creyó culpable.

CRIST. Seria posible?... Ah! no soy, pues, tan desgraciada! No, no, señor Carlos. Nunca cometí la accion tan horrible que se me imputa. El mónstruo que me persigue, conoce mi inocencia; tiene todas las pruebas que pueden acreditarla... pero quiere obligarme á fuerza de persecuciones, á darle el derecho de apoderarse de la fortuna que me han robado.

CARL. Qué decís? Y qué, señorita, ese Valter, ese cruel, se atreveria á pretender vuestra mano?

CRIST. Moriré mil veces antes que lo consiga... Oslo juro, señor Carlos... aunque mi corazón estuviera libre, preferiria la muerte á ese himeneo.

JUAN. Oyes eso? *(á su mujer.)*

CARL. Amiga mía, lo que me decís, al tiempo que escita mi indignacion, me abre sin embargo los ojos y me devuelve la esperanza. Decís que Valter tiene en su poder las pruebas de vuestra inocencia? Y bien, yo adquiriré esas pruebas, si amiga mía, las adquiriré, aunque debiera arrancárselas con las armas en la mano. Ya no se me escapará... seguiré por todas partes sus huellas, como sigue las vuestras el infame, y yo soy, sí, Carlos es quien os devolverá el honor y el cariño de su madre.

CRIST. De vuestra madre?... Ay!... nunca; el juramento que acaba de pronunciar...

CARL. Qué juramento?

CRIST. Detrás de ese tabique *(Señalando la puerta de la granja.)* estaba; privada de la felicidad de ver á mi bienhechora, me habia arrimado para oír al menos vuestra voz y la suya... Ay!... en aquel momento toda esperanza se perdió para mí... «Mientras respire, dijo vuestra madre, no mancillareis el apellido de vuestros padres. Bajaré á la tumba, antes que consentir en esta odiosa alianza.» Ay! señor Carlos, todos los males que me ha hecho padecer Valter, no habian nunca tan cruelmente herido mi corazón.

AGUED. Hombre, todo lo ha oido. *(á Juan)*

CARL. Querida Henriqueta, mi madre no será injusta... Conoceis su corazón... Si algun dia...

BON. Señor!... Señor!... *(Bonár desde el medio del patio, llamando á media voz.)*
 CRIST. Oh Dios!... *(asustada)*
 CARL. No os asusteis, es Bonár.
 CRIST. Separémonos, tiemblo que me sorprendan.
 CARL. No os volveré á ver?
 CRIST. Vuestra madre me lo prohíbe.
 BON. Señor! *(á media voz.)*
 CRIST. Oh! dejadme huir...
 CARL. Dignaos al menos, decirme á dónde dirijiréis vuestros pasos.
 CRIST. No puedo. Debo huir de vos; pero mi corazón no dejará nunca de amaros. *(Bonár se acerca: acuden Juan y Agueda.)*
 AGUED. Venid pronto. *(á Cristina.)*
 JUAN. Ahí está Bonár.
 CARL. A Dios, á Dios, querida Enriqueta. *(Besándola la mano. Agueda y Juan se llevan á Cristina. Llega Bonár todo azorado.)*

ESCENA XIII.

CARLOS Y BONÁR.

BON. Ah! estais aquí, señor?... Os creía arriba.
 CARL. Qué me quereis? Quién os llamaba?... *(De mal humor.)*
 BON. Chito! Hablemos mas bajo, por Dios.
 CARL. Por qué?
 BON. Acabo de ver una cosa muy extraordinaria.
 CARL. Y bien?
 BON. Ese hombre endemoniado que ha venido esta mañana á la quinta, que lo ha echado todo á perder, y que desapareció de repente despues de esta hazaña...
 CARL. Y bien?
 BON. Está aquí...
 CARL. Valter...
 BON. Chito... Estando arreglando algunas cosas en la berlina, de repente observé como una figura de hombre que sale del bosque que está inmediato á la granja; le veo saltar por la empalizada; acercarse con cuidado y rondar al rededor de la berlina. Admirado me asomo por la bentañilla... y como en el mismo momento vino el resplendor de un relámpago, he reconocido mi maldito pregunton, desfilando por la tápia y viniendo hácia este punto.
 CARL. Está aquí... El infame sin duda persigue á su víctima.
 BON. Bonár, qué habeis hecho de mis armas?
 BON. Válgame Dios, señor mio... Qué pretendéis hacer?
 CARL. Callad... A dónde están?
 BON. En la berlina... pero señor...
 CARL. Venid.
 BON. Cómo, sin avisar á la señora?
 CARL. Seguidme, y sobre todo, callad... Vamos á buscar mis armas. Si es verdad que está aquí Valter, ese monstruo no llevará mas lejos la impunidad de sus delitos. Venid pronto. *(se lleva á Bonár.)*
 BON. Oh! no os dejaré, querido amo... voy... *(Vanse. Los relámpagos se multiplican. Está tronando con fuerza; Valter sale con precaucion. La noche está muy oscura.)*

ESCENA XIV.

VALTER solo.

VALT. Todos se han recojido... estoy solo... No hay que titubear... He reconocido la berlina de la Marquesa... su hijo estará aquí... Habrán corrido en busca de Cristina. El amor triunfaria sin duda, y seria yo infaliblemente perdido si se uniesen en contra mia. *(La tempestad se aumenta.)* Aquí es donde estuve antes...

Si... Ese es el cuarto donde descansa Cristina... La puerta en frente de la ventana... Bien lo he observado... La oscuridad, el ruido de los truenos, todo me favorece... Escuchemos... no oigo nada mas que el estrépito del rayo... Vamos... Apenas veo... Me ese tremezo á pesar mio... Animo... Es preciso que perezca. *(Saca un puñal y sube.)* La puerta está abierta. *(Mirando á todas partes.)* Nadie parece... allí... *(Señalando á la puerta del pabellon.)* Vamos... *(Cierra la ventana y entra precipitadamente. En este momento, Carlos y Bonár, el primero con pistolas, atraviesan el fondo del patio registrando. Se oye un grito agudo en el pabellon. Al mismo instante el rayo cae sobre dicho edificio, desplomando parte de él, y le obrasa. Valter, espantado, sale en un desorden horrible y baja rápidamente.)* Gran Dios, es el rayo... Cristina murió... ya estoy libre de temores. *(Oyense gritos en la granja.)* Qué alboroto... Huyamos... Nadie me ha visto. *(Huye por el fondo: los gritos se aumentan en la granja. Cristina sale la primera.)*

ESCENA XV.

CRISTINA sola.

CRIST. Qué ruido!... Qué relámpagos tan terribles... Dios poderoso... Mi bienhechora es perdida... *(Se arroja al pabellon, á pesar de las llamas, gritando.)* Socorro... socorro... acudid. *(Al momento Juan, Agueda, Rosa y todos los criados salen de la granja ó vienen por el patio; Carlos y Bonár acuden tambien corriendo precipitándose á la escalera. Las llamas salen del pabellon y caen las gradass. Unos miran á Cristina con espanto. Otros corren á detener á Carlos. El incendio alumbrá este cuadro general.)*

ESCENA XVI.

CARLOS, JUAN, AGUEDA, BONÁR, ROSA y to los los criados.

JUAN. Dios mio!... Es el rayo que ha caido en la granja... fuego... fuego...
 CARL. Dios!... La llama devora el pabellon?... *(Acudiendo.)* Mi madre!... Mi madre!...
 JUAN. Corred... volad... Salvad á la señora Marquesa. *(Todos van á precipitarse, Cristina aparece en lo alto de la escalera, en medio de las llamas: pálida, el pelo caido, con un puñal ensangrentado en la mano.)*
 CRIST. Ya no es tiempo!... La señora de Belbil ha sido asesinada!...
 TODOS. Asesinada!...
 CARL. Justo Cielo... *(quiere correr al cuarto.)*
 CRIST. Ved... Ved... su sangre... yo soy... yo soy... *(desmayándose.)*
 CARL. Madre mia!... Ah!... Yo muero...

ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala principal de la granja, con una puerta grande en el foro, por donde se vé el patio donde pasaba el segundo acto. Todas las pertenencias que rodean este palacio, acaban de ser consumidas por las llamas, están en ruinas, y todavía humeando.

ESCENA PRIMERA.

AGUEDA, BONÁR, ROSA, aldeanos y aldeanas.
 Al levantarse el telon se vé un cuadro de los resultados de los trabajos de un incendio. En el fondo del patio

hay aldeanos que están pasando de mano en mano unos cubos de agua. Otros llevan escaleras, hachas y otros instrumentos. Se ven mugeres que atraviesan espantadas en medio de los trabajadores, llevando ropa y muebles. Algunos trabajadores sentados en un rincón de la sala, están descansando con sus utensilios, y parecen aniquilados de fatiga.

AGUED. Ay san Antonio bendito! Virgen santísima. Qué desgracia!... Qué desolación!... Animo, amigos míos, no nos abandoneis, ó somos perdidos, arruinados... Cómo, no tenéis que refrescar?... Rosa... Rosa...

ROSA. Señora... señora...

AGUED. Vamos, Rosa, dales vino, aguardiente, todo cuanto hay en casa: no pueden mas... Pobrecitos!... Se mueren de calor.

(Rosa da de beber à los trabajadores. Bonár sale por una puerta lateral con prisca como para atrevesar, y Agueda le detiene.)

AGUED. Ah! sois vos, mi buen señor Bonár? Y cómo vá aquello?

BOX. No se nada, señora Agueda: voy corriendo por un lado... por otro... no sé lo que me hago... sosegaos, sin embargo. El señor Procurador del Rey se ha puesto él mismo al frente de los trabajadores, y el señor Abate L' Epée, que acaba tambien de llegar, anima toda la jente... todos trabajan; se conservará la habitación principal.

AGUED. Creéis que se conservará, señor Bonár?

BOX. Si, no hay duda, escepto, sin embargo, lo que está quemado ya... Pero la señora Marquesa... Nuestra buena ama... Ay señora Agueda...

AGUED. Y que semejante desgracia haya sucedido en mi casa!... Válgame Dios!

BOX. Os dejo; voy volando á ver al señorito, á Enriqueta, y á todo el mundo... Es una desesperacion. (vase y los trabajadores que descansaban vuelven à la obra.)

AGUED. Enriqueta... Enriqueta... Parece que la maldición entró con ella en casa. Y mi señor marido que está en medio del fuego!... Rosa... Rosa...

ROSA. No os afliais, señora. Es verdad que toda la parte nueva de la granja se ha quemado; pero ya se acabó... no se ven llamas... y á fé mia que era tiempo, porque ya no hay gota de agua en la fuente ni en los pozos... Señora... Señora... aquí está el amo.

ESCENA II.

Dichas y JUANITO por la puerta del patio, todo desgreñado; sus vestidos están à medio quemar; algunos trabajadores le acompañan.

JUAN. Uf... basta, basta, hijos. El fuego ya se apagó... Sin embargo, corred pronto por el otro lado... Haced por salvar algo mas... Corred, amigos... Confío en vuestro buen corazón... Uf... ya no puedo más, señora Agueda; estoy echo una fuente... mira, mira... chorreando agua por todas partes. (la obra cesa, y los trabajadores se van por otro lado.)

AGUED. Válgame Dios, hombre! Si estás asado!

JUAN. Pues ya se vé... se me prendió el fuego por arriba... gracias que me han apagado... si no me hubiera quemado enterito, sin advertirlo siquiera, en medio del calor... A propósito... Consuélate... Los animales ya están fuera de peligro... y la cosecha tambien... Pero cáspita; qué desastre! Una granja tan hermosa!

AGUED. Y una muerte en casa!... Y nuestra buena ama?

JUAN. Y decir que no haya podido descubrirse al matador!... Sin embargo, todo el pueblo está en movimiento... Los voluntarios y los guardas cercan el bos-

que hasta el puente... y... caramba!... Para que el pícaro se les escape, será preciso que se le lleven los demonios.

AGUED. A propósito. (con misterio, la lleva aparte.)

JUAN. Qué hay?

AGUED. El señor procurador del Rey te ha hablado esta noche?

JUAN. Toma! si me ha hecho mas de mil y quinientas preguntas

AGUED. Y sobre qué?

JUAN. Qué se yo... sobre un monton de cosas. Principalmente, sobre la señorita Enriqueta.

AGUED. Es singular!... Pues á mi tambien.

JUAN. Hombre!

AGUED. Qué te ha preguntado?

JUAN. Toma! Quién es, de dónde viene, á dónde vá... qué hacia en casa... por qué se ocultaba... y luego: su amor... su matrimonio... Qué se yo? En fin, habladurias; como si no tuviera una otra cosa que hacer cuando está ardiendo su casa.

AGUED. Y qué has contestado?

JUAN. Qué se yo... No me acuerdo... Ademas que...

AGUED. Mira, Juan, yo creo que en cuanto á la muchacha, hay muchas mas cosas de las que nosotros no sabemos... Y á fé mia que me arrepiento de haberla recibido en casa.

JUAN. Cá...!

AGUED. Allí está desmayándose á cada momento, y cuando vuelve en si, habla, habla, sin saber lo que se dice... «Por quehe venido aqui... Yo soy quien hubiera debido perecer. Y otras mil cosas sin pié ni cabeza. Luego sale, figura estar en Bruselas, se defiende como si estuviera acusada, y está diciendo sobre aquello un millon de disparates. En fin, diria una que perdió el juicio la muchacha. Ni el señorito Carlos, ni el señor Abate L' Epée, consiguen sosegarla... Como que á no ser casi una niña, seria capaz todo esto de dar ciertas sospechas...

JUAN. Sospechas? Espera... ahora que me acuerdo... Pero qué es esto? Qué sucede?

AGUED. Ay Dios mio! Si será otra desgracia?

ESCENA III.

Dichos, ROSA y ALDEANOS en el fondo.

ROSA. Señora... señora... (corriendo.)

AGUED. Qué es esto?

JUAN. Qué hay? Qué significa tanta jente?

ROSA. Ay señora!... Si es el cuerpo de la señora Marquesa, que han sacado esta noche de las llamas... y que el señor Procurador del Rey hace trasladar.

AGUED. Dios mio!... Es nuestra buena, nuestra querida ama?...

JUAN. Mujer!... Mujer!... Ahí viene. (unos trabajadores atraviesan el fondo del patio, despacio y como precediendo al cuerpo; otros están llorando; otros se acercan respetuosamente; de repente se oyen gritos.)

CARLOS. (Dentro.) Madre mia... Madre mia...

JUAN. Jesús... Es el señorito... (se cierra precipitadamente la puerta, y Carlos arrancándose de los brazos de Bonár y del Abate L' Epée, sale por el lado derecho buscando con la vista.)

ESCENA IV.

Los dichos y CARLOS, el ABATE y BONAR.

CARL. Dejadme, dejadme darle el último á Dios.

BONAR. Querido amo...

TODOS. (rodeándole.) Señor Carlos...

CARL. Cruéis... Quereis impedirne bañar con mis lágrimas lo único que me resta de una tierna madre?... Podedis privarme de este último consuelo?... Oh, madre mia... Te juro ante Dios, cuya justicia debe caer sobre tu execrable asesino; te juro, no conocer ya descanso ni felicidad, hasta que el monstruo que me ha privado de ti, haya espionado su delito, á costa de toda su sangre.

ABAT. Señor Carlos, noble y desgraciado hijo, confiad en Dios, cuya justicia no dejará impune el delito, y cuya misericordia habrá recompensado ya las virtudes de vuestra venerable madre. *(se oye ruido y gritos de mujeres. Todos miran con asombro. Sale Cristina corriendo y persiguiendo a hombres armados.)*

ESCENA V.

El PROCURADOR DEL REY, el ABATE, CARLOS, CRISTINA, JUAN, AGUEDA, BONAR, ALDEANOS, VOLUNTARIOS y GUARDIA-BOSQUES.

CRIST. Salvadme... salvadme...

CARL. Enriqueta!...

ABAT. Hija mia!...

CRIST. Oh, padre mio... No me abandoneis. *(Refugiándose en los brazos del Abate.)* Sabeis mi inocencia...

No permitais que me arranquen de vuestros brazos.

CARL. Deteneos... Qué haceis? *(deteniéndoles.)*

ABAT. Señor procurador del Rey, tolerais semejante atropellamiento?

PROC. Cumplen con mis órdenes, señor. Yo soy quien les he mandado prender á esa jóven.

CARL. Enriqueta!...

ABAT. Gran Dios!

AGUED. Eh! No lo habia dicho yo? *(á Juan.)*

PROC. Hubiera querido, señores, ahorraros á los dos ese nuevo motivo de afliccion, porque no ignoro el interés que os inspira esa jóven, que no conoceis sin duda.

CARL. Cielos!...

PROC. Supuesto que es preciso, sabreis la verdad. En medio del espanto general y del tumulto de esta noche, mi ministerio me obligaba á las mas severas indagaciones, y debia observar con igual cuidado á todos los que me rodean. La turbacion de la señorita, el trastorno en que parecia sumerjido su juicio, me llamaron mas particularmente la atencion; y las palabras, las confesiones que se le han escapado en su delirio, me han dado á conocer en ella, á esa huérfana de Bruselas que los tribunales han sentenciado; que la justicia no pudo hasta ahora alcanzar; y que mi deber me obliga á entregar á los magistrados de su país...

ABAT. *(Es perdida!...)*

CARL. Y qué, señor... sabeis?...

PROC. Se llama Cristina.

Todos. Cristina!... *(Cristina se cubre la cara con las manos.)*

CARL. Ah señor!... Os juro que no es culpable... Es una impostura horrible...

PROC. Cuidado, señor de Belvil... No la defendais... Podriais involuntariamente ultrajar la memoria de vuestra madre.

CARL. De mi madre!... Oh! No... no... solo dudan lo de la bondad, de la justicia de mi madre, seria culpable... No señor... Cristina...

PROC. Deteneos, os repito.

CRIST. Ay, señor Carlos!... No me defendais mas... Abandonadme todos... Lo veis?... La desgracia sigue mis pasos... Hiere ciegamente á todos los que se acercan á mí... Dejadme... Dejadme caer bajo el peso

de mi dura suerte... No tengo ya fuerza ni ánimo para sostenerla mas tiempo.

ABAT. Infeliz!...

PROC. Llevadla... *(á los guardias.)*

ABAT. Un momento, señor. Una sentencia existe, y como magistrado no podedis crearla injusta. Esta infeliz para vos es culpable, y debeis entregarla á los que la condenaron. Tal es, lo sé, tal es vuestro deber; pero convencido yo de su inocencia, el mio es el de ir á defenderla. Os declaro, pues, que no me separaré de ella; compareceré ante los jueces; presentaré como garante de su virtud, ochenta años de una vida sin tacha, y tal vez se me atenderá. Venid, hija mia. Señor, estamos prontos. Podedis mandar que nos lleven á Bruselas.

PROC. Una resolución tan generosa en un hombre de vuestro carácter, no podedis dimanar sino de la mas íntima conviccion. Es, pues, obligacion mia iluminar vuestra conciencia. Agueda, llevad á Cristina á la sala inmediata. No la perdais de vista. *(á los guardias.)* Os prometo que no se marchará sin que seais avisado. *(al Abate.)*

CARL. Sosegaos, señorita: siempre tendreis en nosotros amigos y defensores.

CRIST. Ah!... Ya os he costado bastantes lágrimas... Señor Carlos... protector mio... si debo dejaros para siempre, no me creais culpable. Es todo cuanto me resta que pedir á Dios. *(besa las manos del Abate.)*

JUAN. Pobrecita!... Pues mira... *(á Agueda con enternecimiento.)* no me parece mas mala que yo.

AGUED. Sin embargo, hombre, si es Cristina...

ABAT. Id, hija mia, cobrad ánimo, y sobre todo, por mas desgraciada que seais, no dudeis nunca de la Providencia Divina!... *(Agueda se lleva á Cristina; los guardias la siguen. Juan hace señas á los aldeanos de seguirles y se los lleva.)*

ESCENA VI.

El PROCURADOR DEL REY, el ABATE y CARLOS.

PROC. Señores, segun acabo de verlo con la mayor sorpresa, ambos sabiais que vuestra protegida era aquella Cristina de Bruselas, tan conocida?

ABAT. Si, señor.

PROC. Y ambos, seducidos por engañosas apariencias; ó mas bien por aquella noble incredulidad que las almas virtuosas tienen siempre para los grandes crímenes, no podedis dar crédito á la culpabilidad de esa jóven huérfana?

ABAT. No, señor.

PROC. Cuál será vuestra sorpresa, cuando os diga, que los mas fuertes indicios parecen implicarla todavia en el crimen de esta noche?

CARL. Gran Dios!

ABAT. Qué horrible suposicion!...

PROC. Oidme, señores... Conoceis á alguno que pudiese ser enemigo de la Marquesa?

CARL. De mi madre?...

ABAT. No, señor: todo el mundo la queria; y nadie pudo quejarse nunca de ella.

PROC. Nadie, decís? Qué sucedió ayer en la quinta? La que os engañaba se vió echada por la Marquesa, y perdió así de repente las mas brillantes esperanzas. En tal situacion, á dónde dirigir sus pasos? A esta granja, donde vuestra madre pernoctaba muchas veces. Vino á ella secretamente; suplicó que la ocultasen. Apenas admitida en ella, un hombre que la seguia, se introducé sin saberlo sus huéspedes, y con todo el misterio que suele emplear el crimen... Se

sorprende á Cristina fuera del cuarto que le estaba señalado, y en una turbacion inesplicable. En aquel momento llegais. Su terror se aumenta. Suplica á sus huéspedes no revelar su venida. Oye á vuestra madre... atendedme, señores; oye á vuestra madre proferir el juramento que: «mientras exista, no formareis tan odiosa alianza...» Todos se recojen... Todo está en calma... El hombre que la seguia se deja ver otra vez. Al momento cae el rayo... se oyen gritos... todos acuden... y se ve á Cristina, pálida, despavorida, salir del cuarto á donde espira vuestra madre, y gritando con un puñal ensangrentado en la mano... yo soy... yo soy...

CARL. Deteneos... deteneos... me matais... Gran Dios!... qué cuadro!... Y qué, Cristina?... No... no... Es imposible... Pero quién era ese hombre que la seguía?

PROC. Lo ignoro... se le busca en este momento... Y bien, señor, callais?... *(al abate; Carlos parece abortido en sus pensamientos.)*

ABAT. Me espanta la perseverancia que la suerte parece emplear en perseguir á esa infeliz. No, señor: Cristina no es culpable; pero no hay inocencia que pueda luchar con tantas y tan desgraciadas combinaciones. La misma mano que quiere socorrerla, la precipita en nuevos abismos. Hasta sus propias virtudes, todo parece tomar un aspecto criminal para aniquilarla... Dios mío!... Sucumbirá la inocencia?... Triunfará Valter?

CARL. Valter... Un hombre ha seguido á Cristina, y decís que se ocultaba?... *(Como saliendo de un sueño.)*

PROC. Si, señor, me consta.

CARL. Es Valter...

ABAT. Qué decís?

CARL. Mi espíritu agitado, turbado por tantas imágenes terribles, habia perdido el recuerdo de toda circunstancia anterior. Pero el solo nombre de Valter, ha bastado para producir en mí una revolución que parece reanimar mis sentidos. Sí, Valter... no lo dudeis... Valter es el hombre á quien buscamos. Esta noche tuve aviso que el monstruo rondaba estas inmediaciones, buscando sin duda á su víctima... Cogí mis armas... Seguí corriendo sus huellas. Pero, gran Dios!... Luego no vi mas que llamas y la sangre de mi madre.

ABAT. Valter está aquí?

PROC. Pero señores, ese hombre era enemigo de la Marquesa? *(Carlos parece confundido.)*

ABAT. Señor Magistrado, no puedo dar razón á mi mismo de las ideas confusas que me ocurren... La presencia de Valter en estos parajes debe ocultar un misterio horrible... Me parece que un rayo de luz va penetrando las mas espesas tinieblas. Os dignareis tener en mí bastante confianza para permitirme hablar un momento á solas con Cristina?

PROC. Aunque lo que me pedís no fuera un derecho sagrado de vuestro augusto ministerio, me apresuraria á concedéroslo. Voy á enviaros á Cristina; pero os lo confieso, no participo de vuestras esperanzas. *(vase.)*

CARL. El exceso de mi legitimo dolor, no me hace injusto... Como vos, conozco el alma de Cristina. Amigo mío... padre mío... la justificaremos... *(El Abate levanta los ojos al cielo, en tono de duda y de afliccion. Carlos se va con el magistrado por la puerta del foro.)*

ESCENA VII.

El Abate solo.

ABAT. La justificaremos... Mi confianza en Dios me inclina á creerlo... Qué mano, sin embargo, me guiará

en esta oscuridad?... No veo arbitrio... Valter estaba aquí... Valter es un malvado... Son las únicas luces que tengo... Tal vez Cristina... Ella viene. *(Agueda trae á Cristina hasta en medio de la sala. El Abate viene á recibirla de la mano. Agueda se retira.)*

ESCENA VIII.

El Abate y Cristina.

ABAT. Acercaos, hija mia... Al lado mio ningun temor, ninguna desconfianza deben turbaros... La amistad no abusa de las confesiones que consigues... Habladme, pues, con sinceridad.

CRIST. Ay, señor!... Qué podría ocultaros?... Conocéis el fondo de mi alma, tal vez mejor que yo misma.

ABAT. Asi es que no dudo yo de vuestra inocencia, pero quisiera probarla á los demas... Veamos, tratad de acordaros bien de todo... Una circunstancia fatal se presenta en el acontecimiento de esta noche. Os han visto salir del cuarto en donde se cometió el crimen, y casi en el mismo momento... Qué estábais haciendo allí?...

CRIST. Lo he dicho, señor; el rayo acababa de caer. Por todas partes se oian gritos... Salgo y veo las llamas devorando el pabellon... Espantada del peligro que corre la Marquesa, me precipito en su cuarto... Qué horrible espectáculo alumbraban las llamas del incendio! Mi bienhechora medio caída de su cama y bañada en sangre... Veo un puñal clavado en su seno... Le saco... Lo demas lo sabeis mejor que yo misma, pues desde aquel momento fatal perdí el sentido...

ABAT. Ibais, pues, á socorrer á la Marquesa?

CRIST. Ay! si señor... Ojalá hubiera perecido yo por la madre de Carlos!

ABAT. Pobre Enriqueta!... Y ella fué... Animo, hija mia, no debeis sucumbir... Decidme ahora... Cuando vinisteis á la granja, os seguia alguien?... Aseguran que un hombre se ocultó en ella esta noche, y que este hombre os es conocido.

CRIST. Cierto es, señor; pero no creia que nadie le hubiese visto. Es Valter. Apenas Juan y su mujer se habian recogido, cuando ese hombre cruel se presentó á mi vista... Nunca me habia inspirado tanto horror... Y estaba temblando... El quiso aprovecharse de mi turbacion y del abandono en que estaba, para arrancarme de este último asilo... Su audacia, sus horribles palabras reanimaron mi valor, y me atrevi á amenazarle tambien, desechando con horror sus propuestas... Entonces el odio, el furor se pintaron en sus terribles ojos... Juró sacrificarme... Espantada quise llamar... Sacó un puñal... le levantó y me hubiera infaliblemente asesinado, si un ruido repentino de voces, no le hubiera obligado á huir.

ABAT. Valter ha queri mataros esta noche?... Me parece que á cada momento voy alcanzando la verdad. Pero, ¿por qué no habeis declarado ese horrible atentado?

CRIST. No me he atrevido... Temia venderme á mí misma: ahora nada tengo que ocultar, pues nada me queda ya que temer.

ABAT. Cómo conciliar tan opuestos acontecimientos? En qué punto de estos parajes os amenazó Valter?

CRIST. En la granja... Le fué fácil atraerme fuera de mi cuarto, usando de vuestro nombre.

ABAT. Vuestro cuarto, dónde estaba?

CRIST. Ay, señor... Era el mismo donde han muerto á madama de Belvil.

ABAT. Cielos! El mismo decís? *(civamente.)*

CRIST. Si señor, me lo habian destinado; pero cuando

llegó la señora... me apresuré á ocultarme en la granja.
 ABAT. Gran Dios!... Con un puñal?... En ese cuarto!...
 CRIST. Cuál es vuestro pensamiento?
 ABAT. Oh! Dios mío! Pronto á cojer el hilo que debe guiarme en este horrible laberinto, dignate dirigir mi mano... Y vos, hija mía... vos que no sabeis todavía cuán injustos son los hombres, rogad al cielo que les ilumine... rogadle que me inspire los medios de salvaros... rogad... cual el hijo de Abraham, dispuesto á perecer en el Monte Sinai... (Cristina se arrodilla, une sus manos con fervor. El Abate está en pie al lado suyo, levantando las manos al cielo. El Procurador del Rey sale por la puerta del foro y se para admirado. En el mismo momento se oyen tiros. Siguen gritos tumultuosos, y Cristina se levanta espantada. Se oyen las voces: Victoria.)

ESCENA IX.

El PROCURADOR DEL REY, el ABATE, CRISTINA, JUAN, AGUEDA y ALDEANOS.

Voces. (dentro.) Victoria, victoria.
 CRIST. Gran Dios! (levantándose.)
 PROC. De dónde nace ese tumulto?
 JUAN. (Señor Magistrado... Señor Magistrado... Ya le tenemos... Ahí viene.)
 PROC. Y quién viene, amigo mío?
 JUAN. El hombre que el señor Bonar y la justicia han visto rondando esta noche en las inmediaciones de la granja.
 CRIST. Valter?
 AGUED. No sé quién es; pero tiene trazas de pícaro.
 ABAT. Está arrestado?
 JUAN. Ya se ve que lo está... y no ha sido sin penas y sin peligros, porque ha disparado sus dos pistolas, y luego, canario! qué resistencia! No es hombre, señor Magistrado, es el demonio. Como se necesitan con él muchas precauciones, venimos á preguntaros á donde lo hemos de llevar.
 PROC. Tráedle aquí al instante. Volved; y encargad á todos con órden mía, que no se le haga pregunta alguna, y no se conteste á las que hiciere.
 JUAN. No tengais cuidado, señor; no hay medio de entablar conversacion con semejante hombre.
 PROC. Id pronto; hijo, pronto.
 AGUED. Cuidado, Juan, que tal vez tendrá otras pistolas... Id todos, todos, con mi marido (á los aldeanos que lo ejecutan.)

ESCENA X.

El PROCURADOR DEL REY, el ABATE, AGUEDA y CRISTINA.

ABAT. La prision de Valter en el mismo momento en que acabo de adquirir luces inesperadas sobre la muerte de esta noche, me manifiesta los secretos designios de la providencia divina. Ya tengo mas que esperanzas á favor de mi interesante huérfana; y si me permitis asistirlos en el interrogatorio de Valter, me persuado que podré eficazmente contribuir al triunfo de la justicia. Mereceré vuestra confianza? (al Procurador.)

PROC. Ya la teneis de mucho tiempo. Además, me favoreceréis mucho, uniendo las luces de vuestra experiencia á mis fuerzas, para descubrir la verdad en tan oscura causa. (Se oye gran ruido fuera.)

ABAT. Oigo ruido. Dignaos mandar que se lleven á Cristina.

PROC. Agueda, neváosla.

AGUED. Será menester encerrarla.

ABAT. Yo respondo de ella... Gente viene... Id en paz, hija mía. (Agueda se lleva á Cristina. Un gran ruido anuncia la llegada de Valter, que trata todavía de resistirse; Juan, los criados y todos los aldeanos, rodeándole, salen en tropel y lo echan con violencia en la escena. Valter está en el mas grande desorden, y en su cara denota la turbación de su alma.)

ESCENA XI.

El PROCURADOR DEL REY, el ABATE, VALTER, JUAN, los CRIADOS, GUARDIAS y ALDEANOS.

JUAN. Vamos, caramba; adelantel (empujando á Valter.) No sirven jestos... Aquí está el señor Procurador del Rey... El es quien os llama... Y cuidado... ó con mil demonios... (como amenazándole. Valter echa una mirada á Juan, que le asusta y háce retroceder. El Procurador hace señal que todos se aparten. El Abate no deja de mirar con atencion á Valter.)

VALT. Estraño mucho, señor Magistrado, que permitais se me ultraje de este modo. Con qué derecho se me arresta?

PROC. Con el que me manda velar por la seguridad pública. Sois extranjero? Y que objeto os ha traído á este país? Quién sois?

VALT. Me llamo Valter; soy natural de Bruselas; abogado de profesion. Vengo de la quinta de Belvil. El señor (señalando al Abate.) que allí estaba puede informaros del motivo que me ha dirigido á ella. Vuelvo ahora á mi familia.

JUAN. (Tal vez no la tiene.)

PROC. Por qué tratásteis de huir é hicisteis resistencia cuando iban á arrestaros?

VALT. Debía creer que se intentaba atentar contra mi vida.

PROC. Se os ha visto esta noche cerca de la granja de Juan...

VALT. Es una impostura. Atravesaba el bosque, y no me he acercado siquiera al pueblo.

PROC. Cuidado con lo que decís. Dos testigos pueden acreditar lo contrario.

VALT. Quiénes son? (inquieta.)

PROC. El señor de Belvil, y el mayordomo de su quinta.

VALT. El señor de Belvil y su criado? (con ironía) Es digno, con efecto, del amante de Cristina, el tratar de vengarse del favor que le dispensado á su familia, preservándola de la deshonra que la amenazaba. El señor (señalando al Abate.) puede dar testimonio; ha visto mi conducta; el honor me la dictaba. En cuanto al señor de Belvil, no es estraño que cegado por el amor, arrebalado por su pasion, me conceptué enemigo de una muger que he hecho sentenciar, y que en su desesperacion amorosa, yo sea á quien acuse.

PROC. A quién acuse... (Vivamente y Valter mira con recelo.)

ABAT. Por Dios, no le interrumpais. Proseguid, señor; (os defendeis muy bien. Pero quién os ha dicho que se os acusaba? Cómo habeis sabido que se ha cometido esta noche en el pueblo un crimen del que se os puede creer el autor? ¿Cómo lo habeis sabido, cuando según lo que acabais de decir, no os habeis acercado siquiera á este pueblo?)

VALT. Respeto vuestro augusto carácter... Pero me permitireis advertiros, que os salis de los limites vuestro ministerio, interrogándome en este caso.

PROC. Contestad á la pregunta del señor; os lo mando.

VALT. He sabido la muerte, por la voz que se esparció.

PROC. Qué se esparció? En un bosque? Y en medio de la noche?

VALT. No acaban de arrestarme?... Estos mismos hombres me han...

JUAN. Miente en esto, señor magistrado; nadie le ha dicho nada; y prueba es que veis que no sabe el señor...

ABAT. Silencio.

JUAN. Se acabó... ya no diré nada.

PROC. (No puedo adivinar vuestro intento.) (al Abate.)

ABAT. (Encomendad el silencio mas profundo.) (el magistrado encarga el silencio. El Abate saca un libro de memorias, y escribe algunas palabras.)

VALT. (Qué lazo tratarán de tenderme? No nos turbemos... Escribe... Qué va á hacer?) (el Abate presenta su libro de memorias al Magistrado.)

PROC. Entiendo. (después de haber leído y mirado á Valt.)

VALT. (Tengamos cuidado...)

PR. Con qué sabeis, Valt, que la desgraciada Cristina murió asesinada en esta granja?

JUAN. Cristina? (el Abate le hace callar.)

VALT. Qu. hay de extraordinario en que lo sepa? (afectando serenidad.) Es acaso algún secreto? No sé aquí todo el mundo que Cristina pereció esta noche? (movimiento general. El Abate hace señal de silencio.)

ABAT. Basta, señor Procurador del Rey: Yo cargo con toda la responsabilidad de una acusacion; y el señor es á quien denuncio como el único autor de la muerte de esta noche.

PROC. Adéртid...

ABAT. Sé á todo lo que me espongo. Pero no puedo resistir á mi conciencia. La única gracia que os suplico, es que os asegureis del señor, y le mandeis guardar donde no pueda tener la menor comunicacion con nadie. Tened además la bondad de oirme un momento fuera de esta sala, y me obligo á probar la culpabilidad de Valt antes de una hora.

VALT. Señor Magistrado, podriais detener por mas tiempo á un hombre, á quien ningun indicio racional puede hacer sospechar?

PROC. Os equivocais... Ois que se os acusa formalmente. Cíerrese la puerta de esta sala; (á los guardias.) y guárdense los alrededores, y que nadie comunique con el señor, bajo ningun pretexto.

JUAN. Corro yo con la ejecucion de la órden; os respondo del preso.

AGUED. Qué embrollo!... qué laberinto!... (á Juan.)

JUAN. Retirate... Es mi consigna. (apunta con la escopeta.)

ABAT. El arbitrio que Dios me inspira, es extraordinario, raro, y sino acierto, sé que me espongo mucho, en razon, sobre todo, del carácter que me dá mi estado; pero la pureza de mis intenciones me sostiene; y puedo confiar en una conciencia que nunca me engañó... Venid, señor... (Todos los aldeanos y criados se van por el patio. Luego Juan cierra la puerta con llave, después de haber colocado en ella, por la parte de afuera, dos centinelas. El Magistrado, el Abate y Juan se retiran los últimos.)

ESCENA XII.

VALTER, solo.

VALT. Por mas que cabilo, no llevo á comprender todo lo que me está sucediendo... No he dicho nada... No he hecho revelacion alguna... Y ese hombre singular me acusa de repente... Si tendré encima... en mis vestidos... algunos indicios... sangre tal vez... no... no... nada veo. Ah!... Papeles que habré extravariado... (registra precipitadamente los bolsillos y saca

los papeles.) concernientes á Cristina?... Aquí están... nada falta... Cuidemos que no los vean... (Se apresura á ocultarlos.) De dónde dimanará, pues, la persuasion del Abate L'Épée? Pero será bien sincera esa persuasion?... Y si fuera un lazo... una ficcion para asustarme y sorprenderme alguna confesion?... Se contestaba el Abate con el Magistrado... Los hombres que me han arrestado y traído, parecian admirados... desconcertados... se les ha mandado callar... Si asi no hay duda... No es mas que un lazo que se me tiende... Era perdido si se hubieran aprovechado de mi primer espanto... Vamos... soseguémonos... Sospechan, nada mas... Pero no pueden tener certidumbre ni pruebas... El señor de Belvil y Bonar, dicen haberme visto... Su testimonio no basta... Les desmentiré. Nadie mas me ha visto... Y, en fin, el único testigo de mi accion, es mimisma víctima... Cristina ya no existe... Nada, pues, tengo que temer, si soy dueño de mi mismo... Lo seré... Ya vienen... Estoy bien prevenido... Audacia, y me salvo... (Los guardias salen por los dos lados y guarnecen el fondo del teatro. Luego Juan, los criados y todos los aldeanos, salen por una puerta lateral. Por el otro lado se presentan juntos el Magistrado, el Abate, Carlos y Bonar. Valt, afecta mucho sosiego. Carlos hace movimiento de horror viéndole. El Abate enseña al Magistrado la puerta del fondo que se ha quedado cerrada. Todos se acercan, y Valt se encuentra en presencia del Abate y del Procurador del Rey.)

ESCENA XIII.

EL PROCURADOR DEL REY, el ABATE, CARLOS, VALTER, BONAR, JUAN, AGUEDA, CRIADOS, ALDEANOS y SOLDADOS.

VALT. (Quiéren intimidarme con mucho aparato!... Ya me lo maliciaba.)

PROC. Valt, estais en presencia de vuestro acusador... Sabéis qué crimen se os imputa?... Una muerte... Un asesinato horrible... Los informes que acabó de recoger sobre los antecedentes de vuestra vida, (Valter hace un movimiento de sorpresa y se sosiega luego.) acreditan poderosamente la acusacion. No conseguireis engañar á la justicia. Pero podeis todavía aplacar la cólera Divina, confesando vuestro delito.

VALT. Hace un momento que el señor, (esforzándose á sonreirse y señalando al Abate.) me hablaba por vos, en nombre de la justicia humana: ahora me acusais vos por él en nombre de la Divina... Sin detenerme á examinar si es decente, legitima y justa semejante acriminacion, voy á responderos, y una palabra basta. No estaba yo aquí cuando se cometió el crimen, y nadie podrá probar lo contrario.

BON. Os he visto.

CARL. Yo mismo os he perseguido esta noche cerca de la granja, con las armas en la mano.

VALT. Con las armas en la mano? (Irónicamente.) Para reconocer á alguien en una noche tan oscura, era preciso estar muy cerca de ella; y en ese caso, habeis sido muy generoso no usando de vuestras armas... Pero ya he dado á conocer los motivos de vuestras acusaciones, y no debo refutarlas sino con el silencio y el desprecio. (Carlos hace un movimiento de indignacion, y el Abate le detiene.) Apelo á todos los que me rodean: hay uno siquiera de vosotros que me haya visto en la granja?... Miradme bien. Callan; lo veis?... Y qué, entre los habitantes de esta granja, entre todos los de este pueblo, ninguno me ha visto? Están prontos sin duda á jurarlo... Y solo porque un criado pagado para mentir; un

amante, cuya imaginacion enferma persigue fantasmas, pretenden sostener una impostura evidente, se me acusa de una muerte!... Se atenta á mi libertad!... En cuanto al señor, cuyo celo podria muy bien llamarse harto indiscreto, si á esto se reduce esta famosa acusacion que debia fulminar contra mi, es tan ridicula como su conducta imprudente; y para darle á él mismo una leccion útil, yo soy quien voy á pedirle ahora satisfaccion ante los tribunales.

ABAT. Os cito primero, miserable, os cito ante un juez mas temible, mas infalible que los hombres. Ante un Dios vengador, á quien no se puede engañar... Este juez inevitable no necesita pruebas, ni testigos ni confesiones del culpado. Ve en su corazon el crimen y la mentira: prepara en silencio el castigo que le reserva, y en el mismo momento en que el malvado cree triunfar, su justicia resplandece por un prodigio, y viene á confundir su audacia. Ya se acerca ese formidable momento... Sí, ya se acerca, infelice!... Huís en vano... vuestra conciencia os dice que ha llegado. Si la justicia de los hombres no bastase para alcanzaros, un poder sobrenatural abriria la tumba: veriais levantarse vuestra victima pálida, ensangrentada, teniendo en la mano el fatal puñal que habeis clavado en su seno; y su voz, que apagó la muerte, volverá á animarse para denunciaros.

VALT. Yo?... (turbado.)

ABAT. Vos mismo... Os estremeceis?

VALT. Sí... de indignacion. (afectando imperfectamente sosiego.)

ABAT. No... es de espanto, de terror!... Esa justicia eterna que se olvida un momento, pero que tanto se teme despues del delito, ya la teneis encima.. Invocadla vos mismo si no sois culpable... Apelemos al tribunal de Dios... El cuerpo de vuestra victima está allí. (señalando la puerta del fondo.) Descansa en el lúgubre ataúd. Veamos si os atreveis á acercaros... si os atreveis á contemplar esas facciones libidas; á tender vuestras manos sobre sus sangrientos restos, llamando sobre el matador la venganza celeste, y á jurar ante el Todo-poderoso que no sois su verdugo... Os estremeceis?... Ah! teneis razon... Si os atreviéseis, seriais inocente.

VALT. Voy... (en el mayor desorden.)

ABAT. Id pues, y no os olvideis que Dios os ve y os oye.

(levantando la voz con tono muy solemne.)
(Todos se retiran, y dejan libre el paso hasta la puerta del fondo. Valtor esforzándose á disimular su turbacion, se acerca titubeando y parándose varias veces. Todos le miran. Llegando á la puerta, se abre y aparece Cristina con un vestido blanco, el pelo suelto en los hombros, y con una mano señalando á Valtor.)

ESCENA ULTIMA.

Los antecedentes y CRISTINA.

VALT. Gran Dios!... Detente... sombra terrible... Detente... sí... sí... soy tu matador... confieso mi crimen... perdona... perdona... publicaré tu inocencia, mis delitos... (retrocede horrorizado y tira los papeles.) Toma... toma... A tus piés están todas las pruebas... Ahí están... ahí están, deja de perseguirme.

CRIST. Lo veis, padre mio? Sostenedme... Yo fallezco. (el Abate, el Procurador del Rey y Agueda la rodean y sostienen.)

VALT. Qué oigo!... Respira?...

ABAT. Animo, hija mia... ha caido en el lazo... se ha vendido á sí mismo...

VALT. Cielos! Cuál es, pues, mi victima?

CARL. Miserable!... Es mi madre... (va á precipitarse á él y le detienen.)

PRC. Aseguraos de él y llevadle. (los soldados se llevan á Valtor. Bonár y Juan recogen los papeles que están en el suelo y los entregan al Procurador del Rey.)

ABAT. Y vos, Cristina, vos por tanto tiempo perseguida, vais á recobrar el honor. Amigos, reconoced en la Huérfana de Bruselas, á la Baronesa de Velmar, y la estimacion de su amante sea para ella el premio de sus lágrimas y la recompensa de sus virtudes.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Es copia del original censurado.

MADRID.—1862.

IMPRENTA DE PASCUAL CONESA.

Toledo, núm. 69. (Plazuela de San Millan.)

ESQVIA 71

VALTER, 1862.

VALT. Por mas que capite, no here á comprender todo lo que me está sucediendo... No lo dicho nada... No he hecho revelacion alguna... Y ese hombre sigue fir mi escusa de repulic... si tendré escusa... en mis vestidos... algunos indicios... sacre tal vez... no... no... nada voy... Ah! Faltos que habré estavel... (precipitadamente los dobles y saca)

